

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXIX

San José, Costa Rica

1934

Sábado 15 de Diciembre

Núm. 23

Año XVI. No. 711

SUMARIO

En el centenario del autor de "Martín Fierro" Rafael Alberto Arrieta
Martín Fierro como tipo humano Alberto Gerchunoff
Sigamos con la fatídica Compañía frutera yanqui Juan del Camino
Hambre de nombres José Vasconcelos
Libros y autores
Sucinta apreciación de Unamuno R. Blanco Fombona
Las dos ciudades de Miguel de Unamuno Pedro Mourlane Michelena

Más sobre Cajal
El Congo Real
Va el romance loco loco preguntando por Melupa
En las aguas de los ríos
Mis versos
Romance de mi ensueño viejo
José Ingenieros
Renglones alusivos
Dr. Gregorio Marañón
Benildo Leal
Adolfo Ortega Díaz
Max Jiménez
Apumarcu
Claudia Lars
Alfredo A. Bianchi
Alfredo A. Bianchi

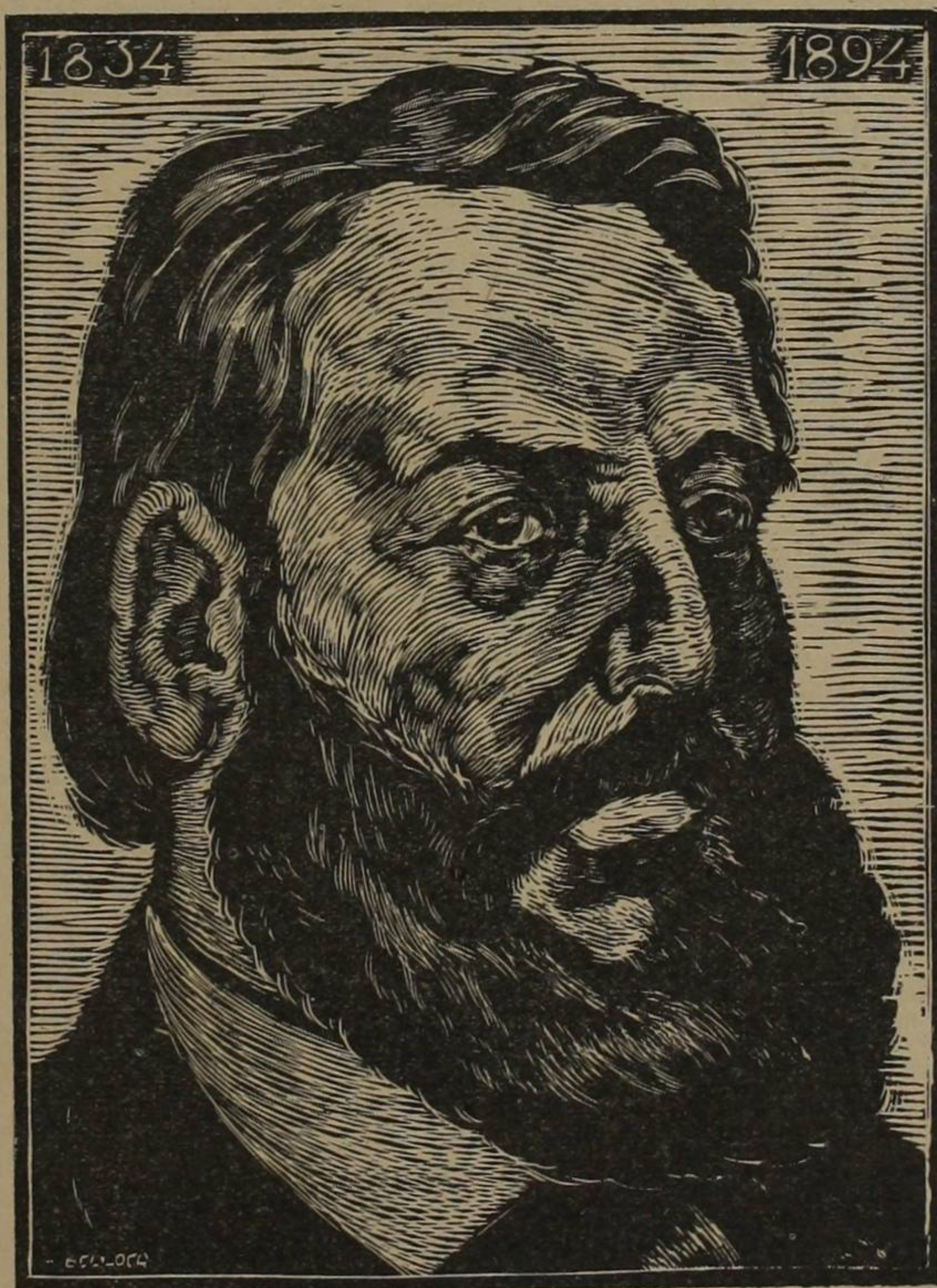
En el centenario del autor de "Martín Fierro"

(1834 — 10 de noviembre — 1934)

Por RAFAEL ALBERTO ARRIETA

— De La Prensa. Buenos Aires —

Si "Martín Fierro" no hubiese sido el hijo que dió nombre a su padre, como lo decía el propio autor, es innegable que sus oscuros hermanos — un puñado de versos incoloros o un manual del mayordomo de campo — no hubieran podido hacer mucho por el renombre de José Hernández. Y ahora, a cien años de su nacimiento, ¿qué recuerdo tendríamos para él? Sabemos que era un hombre vigoroso, de formas atléticas, de fuerza colosal, según la expresión de su hermano y biógrafo Rafael. Pero el Hércules vivió poco más de medio siglo. Es verdad que llevó una existencia movida, de varia y constante acción pública, aquí, allá, en escenario amplio. Mas todo se hubiera desvanecido pronto con las nubes de polvo que levanta un galope en el camino. Teniente juvenil en los combates de San Gregorio y el Tala, bajo las órdenes de don Prudencio Rosas, hermano de don Juan Manuel, o sargento mayor después de Pavón y Cañada de Gómez, ¿qué cuenta su nombre para la gloria militar? Taquígrafo en el senado de la Confederación, su asistencia a grandes debates despertó ardiente interés por los estudios constitucionales; pero su ruta no era ésa. Fué periodista prestigioso, mas no dejó un diario que, siendo como la imagen de su espíritu, le sobreviviese. Actuó en política durante años; fué ministro en Corrientes y legislador en Buenos Aires. ¿A qué otra cosa dedicó don José Hernández sus energías? "En las actividades de su vida y merced a su poderosa organización intelectual — ha escrito su mencionado hermano—, guiaba su mente por distintos rumbos, sin distracción ni confusiones, y así fué sucesiva y a veces juntamente: contador, taquígrafo, guerrero, revolucionario, legislador, miembro del Consejo



José Hernández

nacional de educación, consejero del Monte de Piedad y del Banco Hipotecario, protector de las industrias, estanciero, periodista, orador y poeta; hombre de espada y de pluma, del bosque y del salón, de tribuna y de escuela..." Levisima huella queda de casi todo ese recorrido. En 1896, diez años después de su muerte, el Senado de la provincia de Buenos Aires rindió homenaje a la memoria de quien fuera miembro del mismo y colocó en su tumba, en la Recoleta, una placa de bronce

con esta inscripción: "El Honorable Senado de la Provincia de Buenos Aires a José Hernández, autor de "Martín Fierro".

¡Autor de "Martín Fierro"! He ahí al "padre" gloriosamente rebautizado por el "hijo"...

Tenía José Hernández 38 años cuando publicó la primera parte de su poema, en 1872. "Al fin me he decidido a que mi pobre "Martín Fierro", que me ha ayudado algunos momentos a alejar el fastidio de la vida de Hotel,

salga a correr el mundo", dijo humildemente el autor a sus lectores, al presentarles su personaje. "Cuantos conozcan con propiedad el original, podrán juzgar si hay o no semejanza en la copia", agregó con íntimo orgullo. Pero estaba muy lejos de prever la difusión repentina de su obra y la consagración unánime de su héroe. Alentado por la crítica literaria de la ciudad y el reconocimiento del lector campero y el inusitado éxito popular en los medios urbanos como en los rurales, el afortunado autor decidió a continuar su poema. Seis años después de la aparición del mismo, en 1878, y cuando sus ediciones pasaban ya de la decena, se publicó "La vuelta de Martín Fierro"— título que el público dió al libro, como lo declaró el propio Hernández, "mucho antes de haber yo pensado en escribirlo". Una edición clandestina confirmó, inmediatamente, el nuevo éxito, inaugurando la progenie bastarda...

En el prólogo de la segunda parte de su poema, al expresar el autor su agradecimiento a "los distinguidos escritores que acaban de honrarnos con su fallo", mencionó a don José Tomás Guido, quien emitiera su juicio en una carta publicada por este mismo diario, y a los doctores Adolfo Saldías y Miguel Navarro Viola. También extendió su gratitud a "diversos periódicos de la ciudad y campaña, como "El Herald", del Azul, "La Patria", de Dolores, "El Oeste", de Mercedes, y otros", por sus juicios entusiastas; y, en párrafo aparte, a "La Capital", del Rosario, "que ha anunciado "La vuelta de Martín Fierro", haciendo concebir esperanzas que Dios sabe si van a ser satisfechas". Lo fueron ampliamente. Millares de ejemplares desparmaron por la campaña; se los vendía en las pulperías; eran leí-

dos en todos los fogones; apareció el "lector", tipo popular que satisfacía la ansiedad de los alfabetos y concentraba ocasionales auditorios en la soledad rural. No fué menos significativa la acogida porteña. Publicistas de prestigio ocupáronse del poema en diarios y revistas o en cartas al autor. Entre éstas, una firmada por el general Mitre, decía, en 1879, que la obra y su protagonista habían "conquistado su título de ciudadanía en la literatura y en la sociabilidad argentinas". Otra, firmada por el ex Presidente Avellaneda, dos años más tarde, pero dirigida al rematador don Florencio Madero que acababa de someter a su juicio ciertas páginas gauchescas, anunciaba al neófito un rival temible: Martín Fierro. Y se explicaba: "En lo que toca a éste, es casi imposible alcanzarlo. Uno de mis clientes, almacenero por mayor, me mostraba ayer en sus libros los encargos de los pulperos de la campaña: 12 gruesas de fósforos. Una barrica de cerveza. 12 "Vueltas de Martín Fierro". 100 cajas de sardinas". Y refiriéndose al contenido de la obra, el entonces rector de la Universidad de Buenos Aires atreviase a escribir este párrafo: "Más de un renombre de Cabildo quedaría sorprendido si se le dijera que hay a veces mayor estudio en una página de "Martín Fierro" que en uno de su graves alegatos forenses"...

También cruzó el océano. En 1873, el "Correo de Ultramar", de París, había transcrito íntegramente el poema aparecido el año anterior en Buenos Aires. Diez años después, don Miguel de Unamuno, descubridor hispano de importantes figuras de las letras de nuestra América española, exaltaba sus valores raciales con estas palabras: "En "Martín Fierro" se compenetrán y como se funden íntimamente el elemento épico y el lírico; "Martín Fierro" es, de todo lo hispanoamericano que conozco, lo más hondamente español. Cuando el payador pampeño, a la sombra del ombú, en la infinita calma de desierto, o en la noche serena de las estrellas, entone, acompañado de la guitarra española, las monótonas décimas (sic) de "Martín Fierro", y oigan los gauchos conmovidos la poesía de sus pampas, sentirán, sin saberlo, ni poder de ello darse cuenta, que les brotan del lecho inconsciente del espíritu, ecos inextinguibles de la madre España, ecos que con la sangre y el alma les legaron sus padres. "Martín Fierro" es el canto del luchador es-

CON la AGENCIA PAN AMÉRICA, en pleno centro de Buenos Aires, (Bolívar, 375), a 200 metros de la Universidad Nacional y del Colegio Nacional Central, y a un paso de las grandes librerías, Ud. puede conseguir semanalmente las nuevas ediciones del *Repertorio Americano*.

pañol que, después de haber plantado la cruz en Granada, se fué a América a servir de avanzada a la civilización y abrir el camino del desierto. Por eso su canto está impregnado de españolismo; es española su lengua, españoles sus modismos, españolas sus máximas y su sabiduría, española su alma. Es un poema que apenas tiene sentido alguno, desglosado de nuestra literatura". Preparaba entonces don Marcelino Menéndez y Pelayo el tomo IV de su "Antología hispanoamericana", que le encomendara la Academia, y al tratar en él de la Argentina, refirióse incidentalmente a Hernández, pues hasta ignoraba si aun vivía, por cuyo motivo no lo incorporó a su cuerpo antológico. Aceptando con reservas el juicio de don Miguel, don Marcelino agregó esta observación: "Lo que pálidamente intentó Echeverría en "La cautiva", lo realiza con viril y sana rudeza el autor de "Martín Fierro". El soplo de la pampa argentina corre por sus desgredados, bravíos y pujantes versos, en que estallan todas las energías de la pasión indómita y primitiva, en lucha con el mecanismo social que inútilmente comprime los ímpetus del protagonista, y acaba por lanzarlo a la vida libre del desierto, no sin que sienta alguna nostalgia del mundo civilizado que le arroja de su seno... De este modo el gaucho pacífico, perseguido por la selva y acorralado por la civilización, se convierte de desertor en nómada o matrero, gasta la vida en huir de la justicia, y vuelve como sus antepasados, los conquistadores, a abrirse camino por las selvas con su cuchillo".

A comienzos del siglo actual, el doctor Ernesto Quesada consideró a los dos poemas de Hernández, en su estudio sobre "El criollismo en la literatura argentina", como "la verdadera epopeya de la raza gaucha en el período que se extiende desde la caída de Rosas hasta la conquista del desierto". Pocos años después, el doctor Martiniano Legui-

zamón reconocía en "Martín Fierro" el primer y único poema nacional argentino. Esas voces aisladas y distantes coincidían con la opinión de la mayoría de los lectores, e íbase formando así un consenso nacional que armonizaba el juicio de los cultos con el sentimiento popular. Faltaba, empero, la afirmación resonante que lo asentara con amplitud categórica. Fué lo que realizó el verbo de un poeta, desde el escenario de un teatro de "élite" de la capital federal en 1913. Don Leopoldo Lugones proclamó poema épico al de Hernández, y descubrió sus raíces universales en la epopeya clásica. Las lecturas del Odeón removieron el ambiente literario de la ciudad cosmopolita con su loa desafiante al canto autóctono de la campaña. A poco, don Ricardo Rojas inauguraba la cátedra de literatura argentina en la Facultad de Filosofía y Letras, y en su primera conferencia decía: "...el "Martín Fierro" llega, por su unidad y por su asunto, a ser para la Nación Argentina algo muy análogo a lo que es para la nación francesa la "Chanson de Roland" y el "Cantar de Mio Cid" para la nación española. Fué entonces cuando la revista "Nosotros" organizó su encuesta con estas preguntas: "¿Poseemos en efecto un poema nacional en cuyas estrofas resuena la voz de la raza? El acercamiento establecido por los críticos entre los varios poemas gauchescos, recogido oficialmente en los programas de literatura de los estudios secundarios, ¿importa, acaso, un enorme error de apreciación sobre el diverso valor estético de aquellos poemas? ¿Es el poema de Hernández una obra genial, de las que desafían los siglos, o estamos por ventura creando una bella ficción para satisfacción de nuestro patriotismo?"

Entre las respuestas — que no fueron muchas — hubo unas de franca adhesión al juicio de los señores Lugones y Rojas, otras que reconocían un gran valor regional pero no nacional y, en ningún caso, representativo de la

"raza", al poema; y algunas resultaron despectivas y burlonas. Simultáneamente, en su discurso de recepción en la Academia de Filosofía y Letras, sobre "El derecho en la literatura gauchesca", el doctor Carlos Octavio Bunge consideraba "crimen de lesa patria y sacrilegio de lesa poesía" el comparar las obras de Homero y Dante con "las donosas parodias" de Hernández, acusaba de "más chauvinista que sincera" a la crítica que lo hacía, y protestaba "contra esas ineptias detonadoras que, so pretexto de nacionalidad y abusando de la ignorancia y patriotería del vulgo, corrompen su sentido de lo bueno y de lo bello"... Tres años más tarde, en 1916, bajo el título "El payador", don Leopoldo Lugones reunió sus conferencias del Odeón y otros capítulos inéditos en un conjunto orgánico dedicado al "hijo de la Pampa", y halló oportunidad en esas páginas para desenvolver "cortesías", así como don Ricardo Rojas, en 1917, en el primer tomo de su "Historia de la literatura argentina", y en breves palabras de uno de los tres capítulos consagrados al "último payador" y su obra, aludió a los disidentes con ironía...

Durante los últimos lustros, "Martín Fierro" ha extendido y asegurado sus dominios. Incorporado a colecciones bibliográficas, de gran difusión, editadas en el país y en España; paciente, científicamente analizado por filólogos; traducido fragmentaria o totalmente a otras lenguas; estudiado por comentaristas objetivos desde el extranjero, el poema pampeño es, sin duda, la obra más representativa de nuestra literatura. Un escritor español, desde su península, acaba de contar en un libro la vida del personaje gaucho. Una revista juvenil porteña que reunía a los adeptos de las novísimas tendencias literarias, buscó su nombre como título. Una asociación aristocrática que prestigia las manifestaciones más avanzadas del arte actual, ha hecho una edición ilustrada, lujosa, con tirada especial para bibliófilos, del poema que, en basto cuaderno, vendiase a través del enrejado de las pulperías...

Ahora se cumple el centenario de José Hernández, guerrero oscuro, periodista olvidado, político, funcionario como tantos otros que nadie recuerda. Sin embargo, su efigie de criollo antiguo sella actualmente los papeles de la Sociedad Argentina de Escritores... ¿José Hernández? No y sí: el autor de "Martín Fierro".

OCTAVIO JIMENEZ A.

ABOGADO y NOTARIO

OFICINA: 50 varas al Oeste de la Tesorería de la Junta de Caridad.

Teléfono 4184

—:—

Apartado 338

Martín Fierro como tipo humano

Por ALBERTO GERCHUNOFF

= De La Nación. Buenos Aires =

La poesía gauchesca era ya con anterioridad a la aparición de "Martín Fierro" un arte oculto. Los poetas de la ciudad, nutridos de clásicos, de conocimientos modernos, en la medida en que lo permitía la comunicación con los grandes centros europeos, readaptaban al idioma rural sus impresiones o evocaciones campesinas. Pero en su obra, generalmente fugaz, se advierte el diletantismo de un tema, que tiende a la descripción del paisaje o al gusto de dejar correr los versos en la artificiosa descripción de costumbres. El gaucho ya está desintegrado de su espíritu y lo conciben como un elemento legendario, como una substancia de literatura, que se define, no por la forma en que vive, sino por los rasgos con que se expresa. Lo prueba una circunstancia que no permite engañarnos. Todos esos personajes se nos presentan con el mismo disfraz. Su actitud tiene la compostura teatral y se nos ofrecen en su ropaje de utilería y en su caracterización genérica con los trazos forzados de una máscara. Y esos gauchos saben con el poeta que los comenta y los exalta que representan "una raza vencida", una familia que después de haber contribuido a la creación del país, se extingue en la llanura invadida por el progreso. Esa disertación poética, habitualmente monótona y desprovista por lo común de interés real, recuerda un poco la resurrección de los asuntos de los viejos romances españoles en la poesía de los poetas cortesanos. Se descubre en ellos la frialdad y la postura estudiada de los que no los hicieron viviéndolos, como los cantores anónimos. José Hernández no era un poeta literario. Su infancia transcurrió en una chacra de las proximidades de Buenos Aires, perteneció a las milicias que comandaba el hermano del dictador, estuvo en los fortines, peleó contra los indios, se mezcló a las revoluciones, actuó en la política de las provincias del litoral, se sentó en una banca de la Cámara, combatía en los periódicos. Es decir, era un hombre de acción, en quien se repetía cabalmente el argentino de su época, solicitado por la necesidad vital de defender o de atacar, soldado o publicista, las ideas de acuerdo con las cuales, unos u otros se esforzaban en modelar la Nación. De este modo, en largos años de lucha, sintió al país a través de un sistema y de un orden de sentimientos que la realidad histórica deshacía y su derrota se le revelaba en la afirmación lenta y triunfal de sus adversarios. Si examinamos hoy, en la dimensión lejana de la historia, lo que significaba el grupo que sostenía ese sistema y hallaba impulso en esos sentimientos, veremos que aspiraban a contrarrestar la influencia de la ciudad. Ese vasto período de guerra de partidos es la constante reacción de la anarquía del campo contra

las fórmulas de una sociedad fundada en la disciplina de la civilización. Y José Hernández conoció ese residuo de humanidad anárquica que pasó de la monotonía a un estado social todavía indefinido, sin haberse despojado de su antigua modalidad y sin haberse acomodado a un régimen cuya complicación creciente le excluía, o lo sacrificaba. José Hernández no se propuso, probablemente, narrar los sufrimientos de una clase ni proporcionarnos un documento de la evolución argentina. Se propuso algo más duradero y psicológicamente más verídico que un esbozo histórico. Quiso hacer, no la vida de los gauchos, sino la vida de un gaucho; no de un núcleo, sino de una persona. En eso reconocemos su profundo sentido de poeta. Y nos lo confiesa en esa identificación que hay siempre en el autor con su obra:

Dende el vientre de mi madre
vine a este mundo a cantar.

Ha escrito su poema como si hubiese escrito sus memorias. En la madurez, lejos de los rudos entreveros, deshechos los almárgos federales, el ciudadano de la república tranquilizada, con fisonomía fija, organizada por Mitre, llena con la voz de Sarmiento, que como Mitre y los civilizadores positivos de la Argentina, apenas aglutinada, era anti-gaucho, en un ambiente no azogado ya por la incertidumbre y el temor a los azares dramáticos, se dispuso a evocar el pasado y resurgirlo en las aventuras de un individuo viviente. Estamos acostumbrados a definir a "Martín Fierro" como poema épico. No obstante ser un relato de sucesos en que se resumen aspectos de la subhistoria del pueblo, no son esas condiciones las que señalan la importancia primordial de la obra. Su naturaleza épica nace de su fondo de novela, en que el poeta ha logrado crear un tipo. Si se "prosificara" el poema como antiguamente solían prosificar los cronistas castellanos las narraciones heroicas para incorporarlas a las letras históricas, subsistiría, seguramente, el vigor y la vivacidad que encontramos en la extensa relación en

verso. Es porque los episodios, las situaciones, los acontecimientos, los contrastes trágicos que constituyen su trama, no perderían su unidad, que no viene de la pericia artística, sino de la estructura humana del protagonista. Martín Fierro seguiría siendo esa persona completa que confiere universalidad a una imagen espiritual. La creencia de que un tipo genuinamente argentino, inglés o francés, lo comprenden únicamente los argentinos, los ingleses o los franceses, porque la traducción de su envoltura verbal desvanece matices inaccesibles a lenguas extrañas es un error a que se acoge la poesía o la novela mediocre. Comprendemos perfectamente las obras de las literaturas exóticas cuando concretan algo que está por encima de la excelencia de lo que se llama estilo o sobrepasa lo que es puramente subjetivo y derivado de lo que se ha de intuir. Los hombres y las mujeres de Shakespeare, los hombres y las mujeres de Dostoiewski, Don Quijote y Sancho, Gargantúa y Pantagruel, vertidos a cualquier idioma, persisten en lo que tienen de humano y no en lo que les reviste en su apariencia exterior y formal. Los representamos y nos representan fuera del lugar en que se sitúan y del tiempo que los limita. Evidentemente, no los confundimos. Sabemos que llevan en sí el sello de ese lugar y el acento de su tiempo. Sin embargo, rebasan ese espacio y ese momento, porque si fueron alguna vez verosímiles, serán perpetuamente verídicos. Hemos tenido una demostración con tentativas de versión de "Martín Fierro" a lenguas extranjeras. Solemos comentar con sorpresa ciertos giros de la traducción de nuestro admirable poema, que nos parecen risueños a fuerza de recordar la gracia o la energía de las expresiones criollas. Esas inevitables deformaciones, tanto más frecuentes cuanto más se atiene el traductor a un principio inflexible de fidelidad al original, no disminuyen para el lector de habla distinta la belleza substancial de la obra de Hernández, puesto que ese lector encuentra en Martín Fierro lo que lo torna abarcable, comprensible, gustable, que es, no su continente, sino su humanidad. Y lo criollo de Martín Fierro radica en que es antes que nada un tipo reconocible en las líneas de su espíritu, que lo diferencian de los demás tipos. Los otros gauchos, los gau-

Quiere Ud. buena Cerveza?...

Tome **"Selecta"**

No hay nada más agradable
ni más delicioso.

Es un producto **"Traube"**

chos fabricados en los gabinetes bellotristicos, tienen una línea física, se reconocen por la contextura de su cáscara, que desaparece con la traslación a un medio expresivo en el cual no fueron concebidos. No sobreviven al mérito exclusivamente literario, a la maestría, que abona su posible prestigio. Esa índole de obras, en que se cultiva deliberadamente el tradicionalismo o se predica el criollismo como un antídoto del dominio cosmopolita, o bien en el deseo de agregar a la fusión étnica un ingrediente terráneo, interesa a la cultura mundial, si llega a interesarla, en la mínima proporción en que se entretiene la cansada curiosidad de la gente vinculada a la producción intelectual. La humanidad se interesa en lo que vive, esto es, en el hombre individualizado. Y si llega a ser eso, que es tan excepcionalmente difícil, que es constituir un tipo aislado, no representativo de masas, no voluntariamente simbólico, acaba por adquirir la trascendencia de un símbolo, la significación máxima de un poema, de una novela en que se transparenta el panorama de una comunidad, la inflexión compleja de un conjunto. El instinto genial apartó a Hernández de lo artificiosamente característico y típico; construyó, en cambio, un tipo, un carácter, que encarna un valor igual en las latitudes del mundo en que se le conoce. Martín Fierro es un gaucho y un hombre. De Martín Fierro hacia nuestros días, el gaucho desaparece y lo substituye lo gauchesco. Los poetas que lo cultivan hacen gauchismo sin conseguir forjar un gaucho, esto es, sin humanizar la sombra que proyectan: harán con su talento buenas estampas. No lograrán hacer un retrato.

Cansancio mental
Neurastenia
Surmenage
Fatiga general

son las dolencias que se curan rápidamente con

KINOCOLA

el medicamento del cual dice el distinguido Doctor Peña Murrieta, que

"presta grandes servicios a tratamientos dirigidos severa y científicamente"

Estampas

Sigamos con la fatídica Compañía frutera yanqui

Por JUAN DEL CAMINO

= Colaboración. — Costa Rica y diciembre del 34 =

La razón oficial de mayor poder lanzada en favor de las contrataciones bananeras con la United Fruit Co. fué de orden económico. No dar nuevas concesiones a esa Compañía, se dijo por los personeros del Gobierno, es acabar con entradas cuantiosas y el fisco y la economía nacional sufrirán quebrantos. Se hizo hincapié en la razón y los contratos son ya cadena que durará veinte años destrozando el poquillo de vida limpia que nos quedaba. La agonía vendrá y será penosa. Mientras tanto, insistamos, siquiera para desentonar un tanto en este medio de conformidad y de dundera, en lo ilusorio de la llamada fuente de riqueza nacional.

La United Fruit Co. es esa bienhechora fuente. También en otros países de nuestra América han debido afirmar lo mismo los interesados en afincarla de una manera permanente e inmovible. La habilidad de esa Compañía consiste en difundir el sentimiento de que sin ella son estos países eriales miserables en donde el nativo perecerá devorado por inmensas calamidades. Acapara las tierras de mejor rendimiento y de más dominante topografía. Las vuelve campos impenetrables y con los contratos que arranca a los Gobiernos impone una conquista de completa absorción. Multitud de actividades dependen de ella después de pocos años de afincada en un país. Esas actividades son en el fondo cosa de la misma Compañía y no de la nación en donde ella explota. Pero en el momento de abogar por los beneficios traídos por la Compañía se presentan tales actividades como parte de la nación tan esencial, que dejadas en abandono por la Compañía son la muerte de la riqueza nacional. Esto lo acabamos de ver aquí y lo hemos visto siempre que la Compañía ha necesitado imponer sus contratos.

Sin embargo, no para hacer nada en contra de los contratos que ya son arma de la Compañía contra el país, sino para desentonar como dijimos, en este medio de conformidad, veamos qué hace la Compañía en beneficio del fisco de cada nación que le ha dado concesiones fenicias. Vamos a Colombia para que sea cercano y de estos días el caso escandaloso de defraudación cometido por la protectora United Fruit Co. Busquen los interesados en el dato exacto el número de "El Tiempo" de fecha 7 de noviembre pasado. Editorialmente comenta este diario la conducta rapaz de la United Fruit Co. Tan descarada ha sido que trascendió y el citado periódico ha tenido la osadía de censurarla. Todavía es posible en país de América censurar a un poder del imperialismo yanqui. En Colombia ha dicho "El Tiempo" lo que otro diario dijo en los Estados Unidos de esa Compañía cuan-

do los funcionarios del Estado la descubrieron en defraudación bochornosa de los dineros del fisco: que los contratos le sirven para enriquecerse sin reparar en los medios.

En Colombia está establecido el impuesto sobre la renta y, naturalmente, lo paga la United Fruit Co., porque se olvidaron sus personeros, de seguro, excluirla en los contratos de semejante gravamen. Como no tuvieron la inteligencia para excluirla del pago de tal impuesto a pesar de ser empresa de grandes beneficios para la economía nacional colombiana, la United Fruit Co. debe pagar el tributo fiscal. Es necesario que el fisco colombiano se beneficie con esa fuente de entrada. Pero la United Fruit Co. pensando diferente ha seguido la conducta que siguen los defraudadores públicos. Ha acomodado sus cuentas, con sus habituales corruptelas, para dejar sin entradas al fisco.

Espejo y lección para todos nuestros países que dan contratos a la United Fruit Co., amparándose sus Gobiernos a la razón suprema de que las entradas fiscales no deben disminuir jamás y la Compañía es fuente de riqueza. Lo cierto es que la United Fruit Co. se encarga de cegar esas fuentes tan cantadas y elogiadas en nuestros felices medios tropicales. En Colombia defraudó la Compañía al fisco y la defraudación es grande y se ha hecho pública. Lea aquí el costarricense de alguna independencia para juzgar los sucesos nacionales: "La inspección general de rentas nacionales de Santa Marta, acaba de dictar tres sensacionales resoluciones, apenas conocidas fragmentariamente por el público, por las cuales se fijan las sumas que la United Fruit Company debe pagar a la nación por concepto del impuesto sobre la renta en los años de 1932 y 1933. Dada la importancia que las tales resoluciones revisten, no sólo por el aspecto del valor que para el fisco representan las sumas de que se trata, sino principalmente porque

HA APARECIDO

¿A DONDE VA LA MUJER?

por AMANDA LABARCA H.

Válor del ejemplar: 75 céntimos oro americano

Solicitarlo a EMPRESA LETRAS,
Casilla número 3327. SANTIAGO DE CHILE

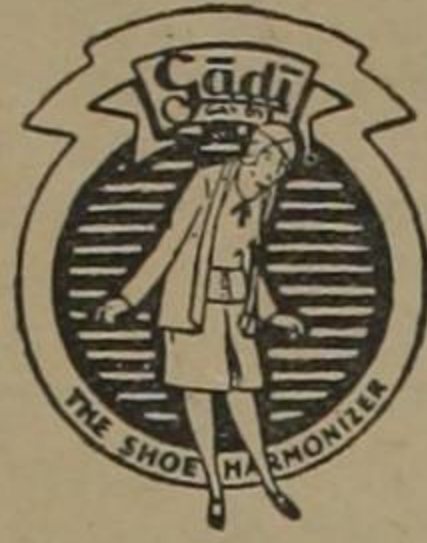
Pedidos de más de diez ejemplares recibirán un descuento de veinte por ciento

EN Nueva York, con The Franklin Square Agency (49 East, Thirty-Third Street) consigue Ud. una suscripción al *Repertorio Americano*.

denuncian y condenan irregularidades escandalosas, y porque exhiben ciertos procedimientos que requieren enérgica sanción, hemos creído necesario ofrecer una relación precisa y nítida de lo ocurrido."

Las resoluciones fijan sumas que la United Fruit Co. está en la obligación de devolver, mejor aun, de pagar al fisco colombiano. Historia el periódico y dice que en 1932 la Compañía presentó el informe jurado sobre sus utilidades obtenidas en Colombia en ese período. Pero no obstante, el juramento fué falsedad y mentira la palabra de la Compañía. Tenía interés en no pagar al fisco colombiano el tributo justo y acudió a la desvergüenza de fabricar un informe lleno de podridas falsedades. "Según el informe—comenta el periódico—, que es el documento sobre el cual se hacen las liquidaciones, la poderosa empresa que domina la economía de los departamentos de la costa atlántica, obtuvo como renta bruta devengada en ese año, la suma de cinco millones novecientos noventa y siete mil ochocientos setenta pesos con cincuenta centavos, producto total de sus diversas actividades en su negocio frutero, mercantil, arrendamiento de fincas, etc. De esa suma, y para hacer el cálculo de la renta líquida sujeta al gravamen, denunció como cantidad que debía deducirse, por gastos generales, salarios, sueldos, pérdidas, créditos de difícil cobro, impuestos distintos del de la renta y demás deducciones que la ley autoriza la suma de siete millones doscientos sesenta y ocho mil trescientos setenta y dos pesos y un centavo. De modo, pues, que conforme a esa denuncia, el monto total de gastos resulta superior al producto bruto en el año, que la compañía había perdido cerca de medio millón... y que por consiguiente, no solamente no salía a deber nada por impuesto de la renta sino que casi parecía acreedora al apoyo del Estado."

Juró la United Fruit Co. ante los funcionarios colombianos que sus ganancias habían sido inferiores a sus gastos y lo hizo para defraudar al fisco. Con esa Compañía contratan nuestros Gobiernos entusiasmados. Y para justificar la contratación fenicia dicen que la Compañía es fuente de riqueza nacional. Allí está el caso de Colombia. El fisco defraudado por la propia fuente de abastecimiento. El fisco que es para los hombres de Gobierno, del Gobierno en que a la United Fruit Co. le toque pedir contratos para reponer los extinguidos o los que no quiso cumplir, la suprema razón para contratar, no sirve a la Compañía más que de burla. ¿En qué medida le importa a la Compañía el fisco? En la medida en que puede utilizarlo para enriquecerse y nada más. Después de eso no existe para ella el fisco como seguridad de las naciones, como arca que precisa tener llena para promover la actividad bienhechora de las naciones. Los hombres de Gobierno que con ella contratan pretenden defender el fisco dando a la Compañía permanencia protegida en



Teñimos en 28 colores. Además en Negro y Blanco.

Zapatillas, Carrieles, Etc.,

puede Ud. llevarlos en el color que armonice con su vestido. Trabajamos a base del **SISTEMA "GADI"** de la casa norteamericana **The Gadi Co.**

TELEFONO No. 3736 **VICTOR CORDERO & Cía.** SAN JOSE, C. R.

un país. Pero la Compañía es la enemiga terrible del fisco una vez que ha logrado el contrato fenicio. En Colombia ha intentado robarle al fisco según la sentencia pronunciada en estos días por el Inspector de rentas nacionales señor Carlos José Vargas L. la enorme suma de \$ 415.622.67. Esto ocultando ganancias y presentando relaciones juradas falsas. ¿Qué introduciendo mercaderías, qué exportando bananos sin control, qué en las actividades mercantiles?

No hay que suponer que esa fatídica Compañía procede de diferente manera en nuestro país. Sus métodos de enriquecimiento son los mismos en Colombia, que en Estados Unidos, que en Panamá, que en Ecuador. Es un pulpo ni más ni menos. Considerarla amparadora del fisco es atribuirle un sentido de honradez que nunca ha tenido, que nunca podrá tener porque nació con menesteres de piratería. Porque la vemos así rapaz, desatada, brutal, es que sentimos como la más infame de las desgracias la legalización de esa Compañía en nuestra región del Pacífico. Ahora es soberana de las tierras del Pacífico. Llegó con poco esfuerzo a una meta que codiciaba. Muy pronto dominará la economía de toda esa zona. Y será entera lo que es, después de un cuarto de siglo, la zona del Atlántico. Con el engaño de que hará desarrollarse un bienestar inmenso y el fisco tendrá reforzada su fuente de ingresos. ¿Cómo siente el costarricense no acostumbrado a sentir que la United Fruit Co. es sombra grande, sino vasallaje penetrante, el trasplante de esa Compañía a la región del Pacífico! Vendrá la ruina del comercio, de las industrias, del ferro-

carril y del muelle de la nación. El fisco, el tan defendido fisco, no tendrá fuente alguna de ingresos, sino de egresos. La United Fruit Co. se enriquecerá progresivamente. Para enriquecerse fué al Pacífico. Le durará otro cuarto de siglo el filón. Menos, posiblemente, porque las tierras allí no producen tan abundante el banano como las del Atlántico. Pero tiene en su poder un contrato por veinte años y con él dará la batalla para someter por los siglos de los siglos el resto libre que le quedaba al país para su agricultura, para su comercio, para sus industrias, para hacer posible el trato con las demás naciones del mundo.

Pero volvamos al caso colombiano. La United Fruit Co. fué juzgada severamente por el funcionario encargado de proteger las rentas nacionales. El proceder de este funcionario es raro en nuestros países. Sorprende toparse con un hombre que no vacila ante el poder económico de la United Fruit Co. Le esculca sus cuentas sin contemplaciones y encuentra el fraude escandaloso. Denuncia que no sólo no obtuvo pérdidas cuando aseguró haberlas tenido, sino que sus ganancias fueron superiores a las declaradas. Y la condena a pagar al fisco cerca de medio millón de dólares.

Eso hizo la United Fruit Co. en Colombia y eso seguirá haciendo allí en donde los Gobiernos le han dado contratos para que explote tierras y comercio e industrias. El fisco tiene en la Compañía enemigo mortal. Si con ella se contrata para dar al fisco entradas recordemos que en Colombia en dos años ha defraudado al fisco en medio millón de dólares.

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSE, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)

Máquinas de Contabilidad BURROUGHS (Burroughs Adding Machine Co.)

Máquinas de Escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas (Globe Wernicke Co.)

Implementos de Goma (United States Rubber Co.)

Maquinaria en General (James M. Montley, New York)

JOHN M. KEITH,
Socio Gerente.

RAMON RAMIREZ A.,
Socio Gerente.



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugerencias, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

Hambre de nombres

Por JOSE VASCONCELOS

= De El Hogar. Buenos Aires.—Envío de la agencia Los Recortes. Buenos Aires =

Es común separar estilo o manera de decir y asunto, realidad por expresar. Y ello indica ya un reconocimiento de ineficacia, porque un estilo bien logrado debería ser indistinguible de la cosa, la emoción, la idea que manifiesta. Verbo y cosa se unifican en nuestro concepto de la naturaleza divina, que al formular una palabra engendra la obra del Verbo, consume el proceso de la creación. Las confusiones comienzan cuando el Verbo creador de la Escritura y el Logos griego son reemplazados, falsificados por el lenguaje corriente, imperfecta aproximación de la Palabra. Y todavía cuando el verbo literario se inicia, al comienzo de las culturas (léase por ejemplo un himno Védico), coinciden de manera espontánea la frescura de las palabras y el ingenuo concepto del mundo que expresan. Cosas y palabras emergen inseparables de una inspiración oreada y poderosa, como los días primeros del mundo. El enredo de palabras y cosas, el desajuste de objeto y concepto, ocurre cuando el lenguaje ha sido trabajado por la medianía semiculta que enturbia tantos aspectos de la cultura. Aliada con la rutina, la pereza usará la misma palabra para casos y sensaciones distintas. La pedantería de los doctos inventará palabras y giros que no responden a realidad alguna material o espiritual. Cada vez que una cultura se vuelve libresca, el idioma, separado de la realidad que le da substancia, tiende al conceptismo y acaba prostituyéndose, o convertido en técnica verbal. Ya no magia evocadora, sino utilería de artificiosa erudición.

Antes de seguir adelante, consideremos algunos ejemplos. Casi todos están de acuerdo en que el estilo perfecto, no igualado por ninguna literatura, es el de la Biblia. Al uso de la Biblia, como libro de cabecera, se atribuye la sobriedad, el poder, la riqueza expresiva de la buena literatura inglesa. En los relatos de la Biblia las palabras siguen la acción, iluminándola sin pobreza y sin redundancia. El escritor moderno alegará que los asuntos que debe expresar son mucho más complejos y requieren, por lo mismo, un instrumento más elaborado. Téngase presente, sin embargo, que todo gran estilo revela el acuerdo perfecto de hechos y nombres. Nombrar con acierto es la primera virtud del literato. Antes que la sintaxis, problema de relación, y antes que el sentido mismo de la frase, está el secreto mágico de la palabra que suscita el hecho, evoca la ima-

gen, hace surgir de la nada el suceso. Piénsese, por ejemplo, en el poder evocador de estas dos palabras: "Fiat Lux". Jamás se ha inventado una fórmula más poderosa dentro del mundo mental. Pero bajando de lo sublime a lo corriente, también en el lenguaje popular encontramos casos de acierto fundados en el uso adecuado de los términos. Adecuación de término a cosa y eliminación, hasta donde es posible, de expresiones genéricas; más bien dicho, reserva de lo genérico, para el género. Por ejemplo, quienquiera que vaya de provincia o país en que el castellano se habla medianamente (y en algunas provincias de España se habla y se pronuncia tan mal como en América), cualquiera que, aun siendo de habla española nativa, caiga de pronto en el medio popular madrileño, se sorprenderá observando la riqueza, la propiedad del léxico vulgar. Nadie dice allí pásame esa cosa—¡oh, Hispanoamérica!—sino que cada cosa tiene un nombre y por él se la designa.

Los objetos de uso vulgar, que tan a menudo nombramos: **eso** y **aquello**—vicio agravado por el uso de tanta mercadería de procedencia extranjera—son en Castilla nombrados como si el bautismo tradicional abarcara también las cosas más humildes. Cualquier criada madrileña distingue en el piso: el encerado, embaldosado, alfombrado, tarima, etc. Todo esto, para una de las nuestras, por ejemplo en Méjico, sería nada más: el suelo. El abuso de los vocablos genéricos y ambiguos va empobreciendo el idioma sin que el hábito de leer baste a devolverle lustre. Pues ya quisieran hablar letrados como ciertos analfabe-

tos de las regiones de rancia cultura lingüística. En cuanto a gracia, novedad y poder expresivo de la lengua, también el habla de ciudades como la capital de Méjico, La Habana, Bogotá, Lima, es reserva viva y valiosa. Pero lo que por ahora nos interesa es la operación elemental de nombrar, poner nombres a las cosas.

A menudo se recomienda al hombre culto la lectura del Diccionario. En primer lugar, nosotros casi no tenemos un Diccionario.

Quien haya sopesado el Webster comprenderá lo que digo. Cerca de quinientas mil palabras, con ilustraciones y explicaciones, definiciones técnicas o cultas. En cambio, nuestro diccionario castellano, pobrísimos en número, y todavía rellenado, como con paja, por gentes que se andan preocupando de las distintas maneras de decir la misma cosa en Puerto Rico y en Chile o en Andalucía, en vez de legislar una sola manera de decir: un nombre para cada cosa, en vez de crear los nombres que hacen falta para llenar el vacío de las trescientas mil cosas que existen en torno nuestro y aún no reciben nombre.

Un tonto docto explicó una vez, a este respecto, que para eso había diccionarios técnicos. Le contesté que también en inglés los hay, y eso no impide que el Webster subsista y se enriquezca en cada edición. Porque el diccionario general debe dar la definición culta, aparte la técnica, y no debe omitir tecnicismos de uso frecuente. En todo caso, debe tender a ampliar su vocabulario, con acreciones verdaderas y no con curiosidades de filólogo, que éstas sí están bien para las monografías destinadas al limbo de los archivos especializados. De paso, habréis observado qué manera de escribir tienen algunos de estos sabios del laboratorio filológico; se les embrolla la sintaxis y caen en una aberración curiosa, que no sé si ha sido ya estudiada por alguien: el "souci", preocupación o angustia de las preposiciones. Se enredan en los dos, los entres y paras, y como y sis, y se olvidan de este clamor que señalaba ya antes: el clamor de las cosas, los sentimientos, las ideas, los matices, que aun

In angello cum libello — Kempis.—

En un rinconcito, con un librito,

un buen cigarro y una copa de

Anís Imperial

suave - delicioso - sin igual

FABRICA NACIONAL DE LICORES - San José, Costa Rica

no reciben del idioma el don de un nombre que lo individualice.

En realidad, el problema que señalamos—llamémosle aún a riesgo de caer también en pedantería,—de la denominación de los seres, no se resuelve por la vía del diccionario, así se trate del Webster o del Larousse. Mucho más eficaz que la lectura del vocabulario sería, por ejemplo, ejercitarse en aprender el nombre de todos los objetos de la propia habitación. Mejor aun echarse a la calle o salir al campo con el propósito de designar verbalmente cuanto se mire. Quien lograra nombrar, nada más, las cosas que observa, lograría una página literaria perfecta. Lo usual es lo inverso, o sea que, a la hora de escribir, no pensamos sino en palabras; olvidados entonces del milagro vivo que hay en la más humilde contemplación, hacemos, en cambio, estilo; es decir, lengua artificiosa y manida. A menudo el pensador tiene pensamiento, pero falla porque el léxico le escasea. Un ejemplo de léxico prolijo pero propio y tan bien empleado que produce arte de primera, lo hallé en cierta página de Tomás Mann el novelista, sobre el espectáculo de un prestidigitador en escena. La leí hace tiempo en una revista literaria francesa. Dos amigos ocupan sus butacas en el teatro lleno de público escéptico. Vemos al ilusionista que avanza con sus pañuelos de color, sus cajas de cartón y sus botellas. A la vista de todos, con gran limpieza, oculta pequeños objetos, los descubre, los cambia de sitio; al mismo tiempo, su discurso interior, y el habla de su discurso profesional. Los espectadores, por su cuenta, piensan multitud de asuntos triviales, interrogan unos a otros, guardan silencio. Desde el principio, el lenguaje ha estado evocando las cosas, creando los personajes con un acierto objetivo tan impresionante como el enlace de los temas de una orquesta sinfónica. Y no hay más, sólo el relato de una ocurrencia compleja, pero casi habitual. En cambio, qué habilidad verbal arquitectónica; una especie de ingeniería literaria. ¿Así se escribe hoy en alemán? Así debiera escribirse siempre, dando al idioma todo su uso, aprovechando el doble recurso de la propiedad y la multiplicidad de los vocablos. El mérito indudable de escritores ágiles y eficaces como M. Martin du Gard, en sus "Terres Divines"; Mauriac, en el "Nudo de Víperos"; y Paul Morand, en sus más recientes libros, reside en el lujo y propiedad del léxico. El mal estilo, en cambio, siempre es un estilo sin garra para el sustantivo y entregado por lo mismo a la blandura, la vaguedad, el morbo de los adjetivos.

Se me dirá que no tienen genio los escritores que acabo de citar. Precisamente por eso nos es tan útil su ejemplo. El genio abruma y es inimitable; pero un buen técnico es lo más provechoso que puede ofrecerse a estos pueblos americanos donde cada cual se siente con una ráfaga de personal genialidad. Así es que, si lográsemos elaborarnos un

buen instrumento, el genio ya aparecería por su cuenta. Vocablos para las cosas nuevas del mundo nuevo, eso es lo que hace falta, y no duplicación, triplicación de voces que designan un mismo objeto de uso doméstico. Vocablos para las cosas de todos los días que vemos y no nombramos, y si la ocasión fuerza, designamos con un "eso", con un "esto". Cada vez que se tiene que decir "dame esa cosa", hay que sentirse indigente, porque en un idioma culto cada cosa posee un nombre que es obligación conocer. También un rico caudal de emociones se sofoca por la pobreza del estilo. Así se comprende, con sentimiento de inferioridad, cuando leemos las cartas de las norteamericanas, de los norteamericanos, cartas de viaje o de amistad o de pésame. Nuestro auto-declarado temperamento a lo Ariel quedaría muy mal parado comparando la correspondencia epistolar de ellos y de nosotros. Y es porque desde la escuela primaria se les enseña a escribir narrando, describiendo con sencillez, usando la multitud generosa de sus vocablos. En un pueblo habituado a escribir a conciencia, la aparición de un Galsworthy es únicamente un caso cumbre. Y el mismo genio, cuando emerge en estas naciones, halla terreno propicio, sus temas están ya hechos y no tiene más que hacer que combinarlos.

Cuando los idiomas están vivos en las épocas de expansión de los pueblos y las culturas, no sólo se usa el vocabulario propio con plenitud, se inventan palabras o se adoptan voces extranjeras.

Del inglés tomamos en otro tiempo términos como "bisteque", previamente adaptado a la índole nacional. Hoy muchos dicen "Beefsteak", equivocando la elegancia con el servilismo (*). Y no hay ni qué hablar de esa jerga monstruosa que en los pueblos hispánicos contemporáneos desarrolla el deporte, si hasta le llaman "sport".

Y, sin embargo, hubo época en que el habla de Castilla fué señorial y prolífica. Escuchamos hace poco en Buenos Aires "La niña boba", de Lope, con trozos como aquel del parto de los gatos, lujo y gracia del idioma, que logra hacer pintoresco suceso tan repugnante y que inventa nombres gloriosos para cada una de las bestezuelas.

Ningún mito, es más profundo que el de la creación como obra del Verbo. De un torrente de palabras surge innumerable y espléndido el mundo. Pudo ser así porque en los labios del Creador hay una palabra para cada brizna de cosa; óleo de bautismo de cada miga del ser, un nombre para cada uno de los pliegues de la túnica del Cosmos.

Libros y Autores

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciben de los autores y de las Casas editoras).

El último tomo—y 44—de la serie «Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX» se titula: *Weyler, el hombre de hierro*, por Julio Romano. ESPASA-CALPE, S. A. Madrid. 1934.

En la «Biblioteca Alfaro», Montevideo, Carlos María Solari ha sacado un libro de poemas: *Alrededores del Silencio*. Dibujos de Pastor.

Con el autor: Arenal Grande N.º 1524. Montevideo, Uruguay.

Por ESPASA-CALPE, S. A. Madrid. 1934. Don Miguel de Unamuno ha sacado *El hermano Juan o El mundo es teatro*. Vieja comedia nueva.

El R. P. José Berengueras, Misionero del Corazón de María, ha publicado en Panamá (Imp. Nacional, 1934): *Rudimentos de Gramática Karibe-Kuna*.

Algunos cuentos de los suyos, ha coleccionado Enrique Espinoza en el tomo *Rut y Noemí*. Ediciones B. A. B. E. L. Buenos Aires. 1934.

De Ernesto Morales (Vicente López, Bs As. Rep. Argentina) hemos recibido: *Sabiduría de los Incas*. Ejemplos, diálogos, fábulas. Editorial TOR. Buenos Aires.

Hemos recibido de Germán Arciniegas un ejpr. de la segunda edición de *El estudiante de la mesa redonda*, seguido de *Novelín de la tierra*. Bogotá. 1934.

Con el autor: Apdo. 486. Bogotá. Colombia.

Un nuevo libro de poemas de Emilia Bernal: *Negro*. Habana. 1934.

Ismael Enrique Arciniegas ha publicado su ya anunciada traducción de *Los trofeos* de José María de Heredia. Editor: Juan Lozano y Lozano. Bogotá. 1934.

El último título de la interesante serie «Manuales Gallac»: *Manual de cerámica* por Juan Vidal y Martí. Ediciones de ESPASA-CALPE. S. A. Madrid. 1934.

Un clásico más en la preciosa colección «Clásicos castellanos», ESPASA-CALPE, S. A. Madrid. 1934. *La Vida de Estebanillo González, hombre de buen humor*, compuesta por él mismo. Tomos I y II. Edición y notas de Juan Millé y Giménez.

Recomendamos a los maestros de las escuelas:

El cálculo y la medida en el 1.º grado de la Escuela Decroly. Por el Dr. Decroly y A. Hamaidier. Ilustrado con 16 láminas fuera de texto por Eladio García Martínez. En la «Colección de Actualidades Pedagógicas» que edita la benemérita ESPASA-CALPE, S. A. Madrid. 1934.

En la misma «Colección»:

Constantino Muresanu: *La educación de la adolescencia por la composición libre*. Traducción de Mario Sánchez Arbós. ESPASA-CALPE, S. A. Madrid. 1934.

En la serie «Ciencia y Educación», sección contemporánea.

La lectura silenciosa, por Gladys Lowe Anderson. Traducción española de P. Blanco Suárez. ESPASA-CALPE, S. A. Madrid. 1934.

Extractos y otras referencias de estas obras se darán en ediciones próximas

(*) El bife sudamericano me parece un gran acierto de asimilación que borra la huella extranjera.

EN BUENOS AIRES, Rep. Argentina, pue- de Ud. solicitar el *Repertorio Americano*, a la EDITORIAL PAN AMERICANA. (Bolívar, 375).

Sucinta apreciación de Unamuno

Por R. BLANCO-FOMBONA

= De El Sol. Madrid =

1.—Estirpe del personaje

Lo primero que debemos hacer al querer tratar de un pensador como Unamuno, de acción social intensa, es identificarlo, filiarlo, conocerlo en cuanto hombre y en cuanto espíritu, en relación con su país. Y no sólo en su país; hay que relacionarlo asimismo con la familia universal de espíritus a que pertenezca.

¿Qué puesto ocupa Unamuno en su país? ¿Qué relación de humanidad y de sentir tiene con otras figuras universales?

Creo a Unamuno — al revolucionario Unamuno — dentro de la tradición de España, de la conservadora España, campeón histórico de muchas malas causas.

Ahora falta saber de cuál tradición. Salta a la vista que no será de la tradición de Torquemada y Felipe II. Al lado de esa tradición caudalosa de retardatarios, absolutistas y teócratas — que imprime desgraciadamente carácter histórico a España y pretende hoy, en plena República, seguir imprimiéndoselo —, existe otra tradición minoritaria oscurecida, sacrificada; una tradición de grandes hombres víctimas de grandes lobos. Esas víctimas son ahora el honor de España.

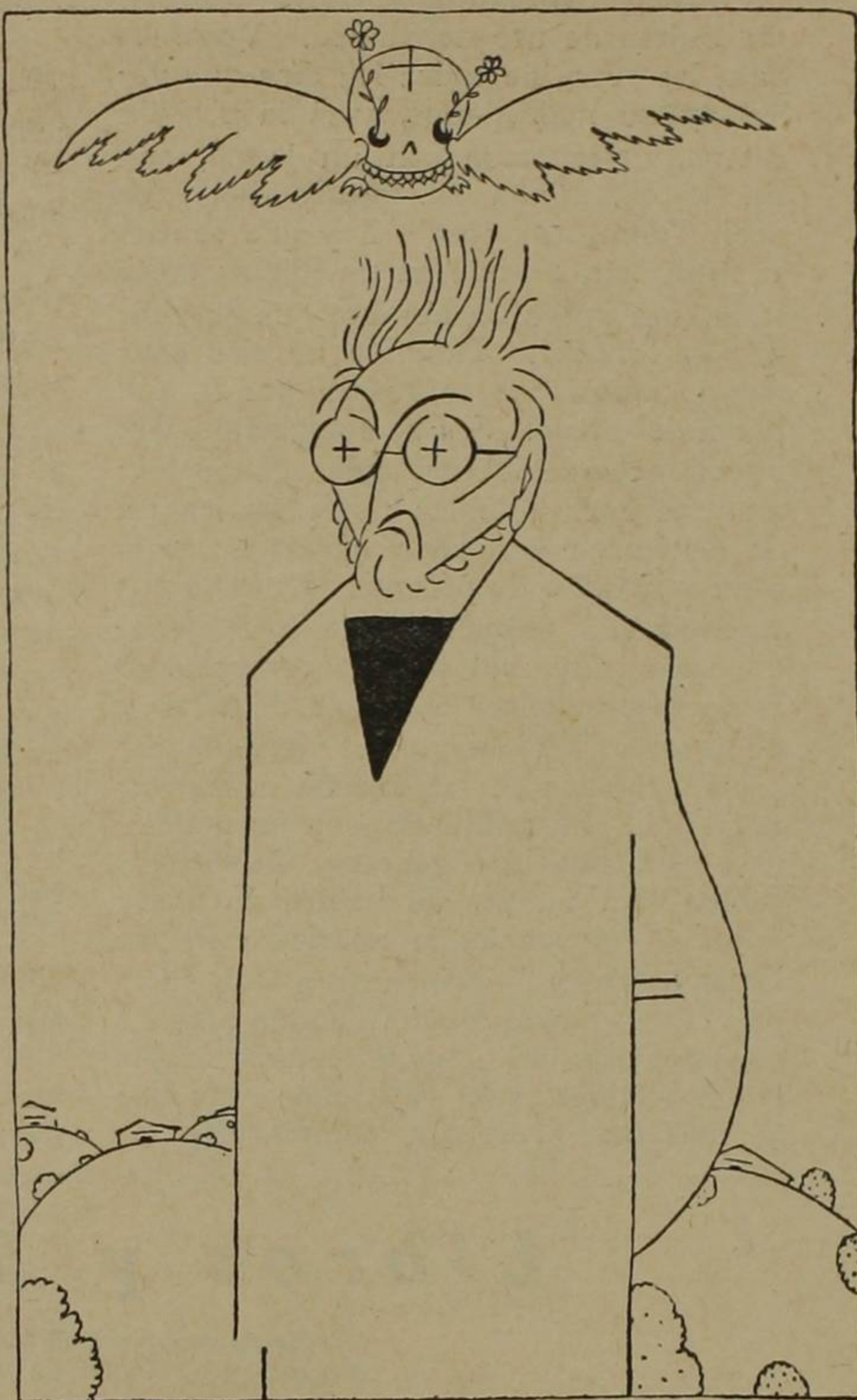
A esa egregia minoría pertenecen desde los comuneros de Castilla, asesinados por la Monarquía, hasta Servet, asesinado, aunque fuera de España, por la Inquisición. A ese número pertenecen todos los que sintieron aherrojada la conciencia; todos los que, aptos para los vuelos del espíritu, no pudieron pensar, castrados espiritualmente por el absolutismo de la Monarquía y la intolerancia de la Iglesia.

A esa tradición pertenecen ilustres mentalidades que, por despertar menos sospechas a la feroz suspicacia del medio, o por cualquier causa compleja y feliz, se libraron en parte de las persecuciones, como Luis de León.

A esa egregia minoría pertenece, por ejemplo, Vitoria, precursor de Grocio. Aquel español buscaba legitimar el derecho que tienen los perseguidos a no serlo.

Si Vitoria pertenece, en Derecho, a esa minoría, también pertenecen a ella: en Literatura, Cervantes; en Mística, Santa Teresa, y en Filantropía, Bartolomé de las Casas.

De Cervantes no hay que hablar; todos conocemos o presentimos su enorme drama: "Con la Iglesia hemos topado, Sancho". Drama tan bien comprendido por el más puntual de sus biógrafos críticos, D. Américo Castro. No se ha preguntado por qué a Cervantes se le ocurrió escribir novelas, y cómo pudo, guiado por su instinto genial, crear en



Unamuno

Visto por Bagaría

Las dos ciudades de Miguel de Unamuno

Por PEDRO MOURLANE MICHELENA

= De El Sol. Madrid =

Alto soto de torres que al ponerse tras las encimas que el celaje esmaltan
dora a los rayos de su lumbre el padre
sol de Castilla.

Bosque de piedras que arrancó la Historia
a las entrañas de la tierra madre;
remanso de quietud, ¡yo te bendigo,
mi Salamanca!

Festeja Salamanca la senectud de Unamuno, guerrillero indomable de la ciudad de Dios. Las sombras de otros maestros de la Universidad—de Nebrija o del padre Vitoria, del Brocense o de Diego de Deza, de Soto y de fray Luis de León—yerran hoy gozosas allí. Sombras de estudiantes de antaño acuden al jubileo, y están entre ellas la del otro gran Miguel y la de Salinas, la de Hurtado de Mendoza y la de Juan de Sahagún. Otras, cuyos nombres grabó a cuchillo "pulso de enamorado", en los asientos de la cátedra de fray Luis, no han de estar ausentes.

(Pasa a la página 363)

Don Quijote de la Mancha el prototipo de la novela moderna. La respuesta podría ser ésta: que faltándole libertad para expresarse directamente, recurrió a la ficción. La novela desde entonces parece ser derivativo del pensamiento en épocas de tiranía. Desde Felipe II y la Inquisición hasta los Romanof y el Santo Sínodo así es.

Santa Teresa—otro nombre de la misma lista—no pudo ser sincera hasta dónde quiso. Una voz imperante e incomprensiva le pautaba el camino: "De aquí no pasarás". Tuvo la santa católica, como el santo laico Unamuno, la gran virtud de la sinceridad, el arrebatado del pasional y la audacia de poner su sensibilidad enfermiza y su idealismo práctico por encima de la religión oficial e hipócrita, el catolicismo formulista y bajamente pragmático.

Bartolomé de las Casas fué un San Francisco de Asís de sangre española. Es decir, un hombre traspasado de amor por los humildes; pero que, en vez de ser manso contemplativo o benefactor pacífico, fué luchador empedernido en favor de los débiles.

Esa tradición española de perseguidos, de sinceros, de descubridores de nuevos mundos espirituales, de creadores de sensibilidad nueva—que pudiera enriquecerse con algunos nombres de ciencia y muchos nombres políticos—, entronca con la tradición universal de próceres del pensamiento y de la acción, ennoblecedora de la especie humana.

A esa tradición—la buena, no la manida y sectaria—no la limitan patrias ni fronteras; a ella pertenece la flor del género humano, desde Sócrates y Jesucristo hasta Guillermo Tell, Bolívar, Karl Marx y el hindú Gandhi.

A esa clara estirpe de hombres pertenece el español Miguel de Unamuno.

2.—Carácter de la obra unamunesca

Si estudiamos las obras de Unamuno advertimos que no son únicamente libros buenos desde el punto de vista de la literatura, sino que son también buenas acciones.

Al leerlo, advertimos que no se trata de un retórico sino de un poeta, no de un académico, sino de un pensador, no de un literato, sino de un hombre. Y que todo en este hombre es llama, espíritu.

Si es cierto — de los tontos puede creerse todo — que el actual presidente del Consejo de España dijo que Unamuno era una mona, nada ni sus desaciertos pinta mejor a su excelencia. Su

(Pasa a la página 362)

1

Ningún epañol, y menos, si es profesional o aficionado de la Ciencia, a quien se pida que honre en público al maestro, puede esquivar la respuesta, ni aun siendo, como yo, de los que por razones de disciplina científica no estuvieron en la intimidad constante del gran epañol que acaba de morir. Pero sí siempre dentro de la órbita de su luz genial que a todos nos guiaba.

2

Cuando, de muchachos, entrá-bamos en la Facultad de Medicina, el conocer, el estar cerca de Cajal era la mayor emoción de la novatada. Y, en efecto, el primer día de la clase de Histología, en un aula abarrotada y oscura, apenas iluminada por la luz de patio a través de cristales que nadie lavó nunca, aparecía el maestro con su aire distraído, y apenas empezaba el frío, con su capa. Satisfecha la emoción, la grey estudiantil se dispersaba, y aquella clase era una más. Y, sin embargo, al cabo de los años, nos enteramos de que Cajal era un prodigioso maestro. Recitaba con voz un tanto oscura su lección, con claridad y exactitud de verbo insuperable, y, sobre todo, con una arquitectura pedagógica en la que nada faltaba ni sobraba. Y, además aquellos esquemas en el encerado, con las tizas de colores, que nadie podría superar.

Hoy pensamos si tal vez no fué absurdo que Cajal en persona diese una clase elemental diaria de Histología, durante treinta años, a los alumnos de primer curso de Medicina. La clase la debieron dar, sobre su libro magnífico, sus colaboradores; mientras, él seguiría produciendo en el laboratorio. Pero acaso, pensamos también, no nos damos cuenta de que los estudiantes inconscientes del primer año recibimos de Cajal la gracia de su presencia.

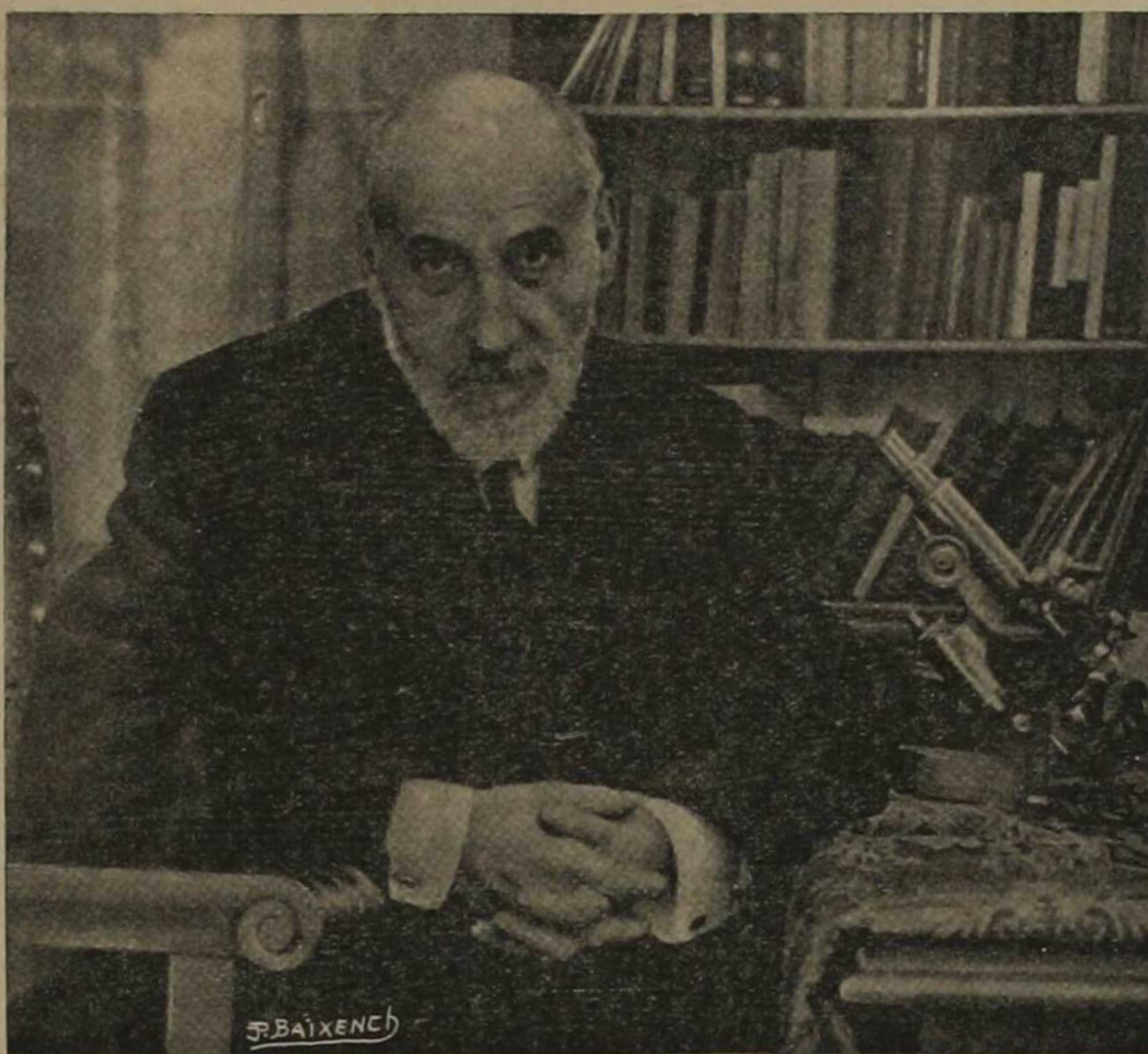
No se cotiza de los grandes hombres el hecho de que vivan a nuestro lado, aunque no nos enseñen nada directamente. Cuando un pensador o un investigador insigne da una conferencia o una lección es frecuente oír a los rastacueros del público que no ha dicho nada nuevo, que habla sin elocuencia o cualquier otra ligereza por el estilo. Pero lo esencial no suele ser lo que se dice o se deja de decir, sino que sea el hombre de excepción el que lo diga.

Si ahora rebuscamos las raíces de nuestra formación intelectual, encontramos el tesoro de todo lo que nos dió Cajal, vivo, hablando entre nosotros, aun cuando muchos días no le oyésemos apenas.

Más sobre Cajal

Por el Dr. GREGORIO MARAÑÓN

= De Estampa. Madrid =



Cajal, en su gabinete de estudio

3

Uno de los libros que han influido más en el espíritu actual de España es el titulado *Reglas y Consejos sobre la Investigación Científica*, que Cajal leyó como discurso de entrada en la Academia de Ciencias, y que pronto, libre de los protocolos académicos, circuló como volumen suelto, gracias a la solicitud de un grupo de sus admiradores y amigos. Todo lo que fué Cajal, como ejemplo vivo, quedaría ahora reducido casi a nada sin su libro de *Pedagogía científica*, y lo fueron, en realidad todos, pero éste de un modo fundamental. En España se han perdido muchos grandes manantiales de cultura por la pereza de escribir; pereza y, a veces, reacción elegante frente a la grafiorrea de algunos espíritus mediocres o vanos. Por todo ello, varios de nuestros grandes maestros han terminado su eficacia al morir, como los tenores.

El libro de los *Consejos* se ha leído mucho. Hay varias ediciones, copiosas, agotadas. Pero ¿lo leen todos los estudiantes de Medicina, todos los presuntos investigadores en cualquier orden científico? Tal vez no. Y es un verdadero Evangelio de la busca santa de la verdad, comparable en muchos de sus aspectos a la *Introducción a la Medicina Experimental*, de Claude Bernard. Hay en él, además, una deliciosa mezcla de lo grave con lo infantil,

que fué característica del espíritu de su autor en todas las manifestaciones de su vida. Acaso culmina, como en ninguna otra parte, en este libro inmortal.

4

Los *Recuerdos* de la vida de Cajal son, claro es, otro documento básico para conocer su personalidad. A Achúcarro, el malogrado biólogo epañol, le oí una vez comentar estas memorias admirables, parangonándolas con las del gran naturalista Darwin. Darwin habla de la vida que se desarrolló en torno suyo como si él mismo no hubiera existido. Su personalidad aparece dibujada en el hueco del ambiente como un negativo de éste. Cajal, en cambio, esculpe con su prosa de escultor su propia personalidad, y la vida epañola de su época surge como el negativo de aquella. No podía ser otra cosa. Porque Darwin fué el producto de un ambiente y Cajal el creador de su ambiente.

El encanto insuperable de los *Recuerdos* del histólogo epañol depende de que las largas páginas dedicadas al relato de su vida y de su propia persona, en sus detalles más pequeños, analizados y encomiados con una naturalidad infantil, no producen ni un solo instante la sensación de egotismo y pedantería. No es posible enfocar con mayor modestia la conciencia de su propio y excelso valor humano y social.

Cajal exalta en estas páginas la trascendencia de su persona y de su obra, con tan pura objetividad, que nos parece que es otro—pero otro que las conociese tan bien como él mismo—el que las escribe.

A esto se debe la inmensa eficacia, tónica de la voluntad, de la autobiografía del maestro. La vida ejemplar, genial y tozuda, de aragonés universal, aparece allí viva y directa, ni aumentada ni disminuida por su propia pupila de observador; con la misma naturalidad en su grandeza que el perfil de una montaña.

5

La obra de maestro de Cajal adquiriría su intensidad y su grandeza más netas en el atento afán con que seguía, y si era preciso criticaba, la producción de los demás hombres de ciencia epañoles, sobre todo de los jóvenes. Ninguna vez le hemos enviado un libro o un opúsculo modesto sin haber recibido, a poco, una carta suya llena de afectuosos estímulos para seguir trabajando y de atinadas indicaciones para rectificar el error y la inexperiencia.

Estas cartas suyas, de los que cuantos trabajamos por la Ciencia tenemos una serie, están llenas de juicios penetrantes sobre los temas que en cada momento preocupaban su atención. La intimidad daba, a veces, vehemencia extremista a sus juicios. Por ejemplo, en varios de sus libros alude a Freud sin entusiasmos, pero con cauto respeto. Mas su comentario sincero era otro. En una carta, contestación a otra mía en la que le exponía yo mis dudas y objeciones sobre algunos temas freudianos, escribió esto: "Tengo que ampliar ese trabajo y en él me ocuparé de Freud para criticar alguna de sus exageraciones más audaces. Porque en más de quinientos sueños que tengo autoanalizados (sin contar con los de personas que conozco), resulta imposible comprobar, salvo rarísimos casos, las doctrinas del arriscado y un poco egolátrico autor vienés, que me ha parecido siempre más preocupado con la idea de fundar una teoría sensacional que con el deseo de servir austeramente la causa de la verdad científica."

6

En estas cartas se pueden completar las ideas de Cajal sobre el amor. De un modo fragmentario aparece su doctrina amorosa a lo largo de sus libros. El esquema es éste. De un lado, su apología entusiasta del amor conyugal, basado en el compañerismo amistoso de los cónyuges, y, como bien supremo, en su colaboración para la obra común. Pero

de otro lado resalta la convicción de que el instinto varonil se desborda hacia la poligamia ocasional, con tanta tenacidad y vehemencia que ha de pensarse mucho si no será un impulso fisiológico.

Testimonio de la primera actitud es el capítulo, tiernísimo, que dedica en sus *Reglas y Consejos* a la esposa del investigador, en el que está trazado con morosa pincelada el retrato de la que fué

su ejemplar compañera. Sobre su segunda visión del amor se encuentran sentencias expresivas en otro libro suyo que no tiene más defecto que el título *Charlas de café*, y también en frases sueltas de sus *Recuerdos* y de su obra póstuma *El mundo visto a los 80 años*. Y sobre todo, en su correspondencia. De sus ideas sobre don Juan, por ejemplo, valdrá la pena de ocuparse otro día.

7

¿Cómo se ausentó de su noble alma en los últimos momentos, su profunda preocupación por la vida que no es la vida mortal?

8

Antes de entrar a estudiar el significado de la obra científica de Cajal y de su ímpetu pedagógico en España, estudio que en-

tre todos hemos de hacer, el pensamiento quisiera descansar en tantos y tantos aspectos marginales de la personalidad de este titán. Para todo sobrarán ocasiones y plumas autorizadas. La mía tendrá, mientras pueda correr por el papel, una obligación voluntaria de servir, cada vez que sea preciso, a la mayor gloria del maestro, con el mismo entusiasmo—y con el mismo dolor—que ahora delante de su cadáver.

Sucinta apreciación de Unamuno...

(Viene de la página 360)

excelencia D. Ricardo Samper, hombre vacilante, es incapaz de comprender a un alma de vocación heroica como la de Miguel de Unamuno

En su glosa a la "Vida de Don Quijote", vemos al maestro preocupado por el idealismo del héroe, y por esta lección de su vida: la bondad conduce al ridículo; pero hay que ser buenos. Ser bueno, en efecto, es ser grande. ¿Qué mal conocía Lamartine a Cervantes cuando opinó que Cervantes se reía del ideal! La verdad es lo contrario. Se ríe del sentido común. Entre Unamuno y D. Ricardo Samper, Cervantes se reiría de su excelencia

En el drama unamunescos **Todo un hombre**, el título es ya revelador. El autor coloca la fibra humana por encima de todo. Asigna a la hombría lo que es de ella: no el desplante, no la fanfarronería, sino una acerada confianza en sí, un absoluto desdén por todo lo adjetivo, por todo lo no sustancial, principalmente las preocupaciones de la estulticia. Un hombre es un ser libre. Un hombre, un verdadero hombre, debe ser superior a todo, incluso a la vida, incluso a la muerte. Filosofía de estirpe senequiana. Sólo que Séneca se contentó con exponer la doctrina. El héroe de Unamuno, y Unamuno mismo, desterrado por un Borbón infame y por un dictadorzuelo borbónico, la viven, y escupen su desdén a la fatalidad y a los victimarios. (En aquellos tiempos el Sr. Samper se contentaba, sin hacer frases, con meter el rabo entre las piernas o menearlo en señal de agrado.)

En *El sentimiento trágico de la vida* sorprendemos el secreto y el drama del espíritu de Unamuno: la inconformidad con la vida, el ansia de eternidad.

Esta obra obliga a considerar a Unamuno en cuanto filósofo. Más que lo que llamamos filósofo, es un pensador. La filosofía está en Unamuno, como la religión en Jesús: en lo íntimo de su espíritu. Las híbeas doctrinas de Jesús, que se saca del alma aquella naturaleza de excepción, son muy otra cosa que la teología de los doctores.

Así Unamuno y la filosofía. Quedamos, pues, en que no viene a ser, como otros, filósofo de revistas y textos alemanes. Alemanes y de otros pueblos.

El pensamiento de Unamuno ha corrido siempre ágil, espontáneo, como el potro joven en la pampa materna. La

ciencia, como el arnés al potro, ha podido engalanarlo, no prestarle condiciones innatas en él. No vive de ideologías; vive de alma. No vive de glosas y coincidencias sistemáticas; vive de medula propia, de la propia sustancia. Parece que su espíritu — en el fondo religioso—haya dicho como Jesús: "Dar vale más que aceptar".

3.—Acción política

Un inconforme con la vida, y además con cierto fondo senequista — que lo obliga a sentirse hombre en medio de las mayores calamidades—, y además cristiano, con el cristianismo del Jesús que discutió con los doctores y echó del templo a los mercaderes—, y además con temperamento de buen ciudadano—que lo induce a procurar el bien de la República—, y además con suficiente voluntad para arrostrarlo todo, es, naturalmente, un elemento peligroso en una sociedad abyecta e injusta, en un Estado tiranizado.

Así se le consideró a Unamuno en los últimos vergonzosos años de la monarquía borbónica, y fué perseguido con saña, desterrado y desposeído de su cátedra en Salamanca, por el dictador Primo de Rivera.

Llegó luego la reacción de la dignidad nacional, y fué proclamada la República. Unamuno honró con su presencia la Asamblea constituyente, para la

que había sido elegido miembro por sufragio de los pueblos. ¿Hizo gran papel en el Parlamento? Sí y no. Hombre de feroz individualismo, no quiso someterse a la disciplina de ningún partido. Llegó a más: cuando supuso—erróneamente por cierto—que los republicanos obraban injustos, lo proclamó a voz en cuello. Salvó su conciencia el ciudadano; pero el político se fué a pique.

Su hora culminante como ciudadano queda siendo la de su lucha contra la usurpación primorriverista, alentada y sostenida por el Borbón diademado. Los hombres de la usurpación persiguieron al apóstol del Derecho; los miqueletes, a don Miguel.

Los que persiguieron con tanta crueldad a Unamuno, botarates de ciento en libra, ignoraban el peligro a que se expusieron. Unamuno se vengó, viniéndose a vivir en Hendaya para mirar diariamente la tierra de España y para que los usurpadores oyeran sus gritos furibundos de profeta hebraico. Los usurpadores, aterrorizados, abrían los paraguas bajo la lluvia de flechas y de generosas iras. Poco después devolvía la soberanía a la nación implantando la República y arrojando de su seno al Monarca felón y a sus cómplices.

Unamuno contribuyó con sus clamores a la reivindicación popular. Y en este sentido fué uno de los que trajo la República.

4.—Resumen o comprimido del personaje

Abocetemos en breves palabras la fi-

GRANJA SAN ISIDRO

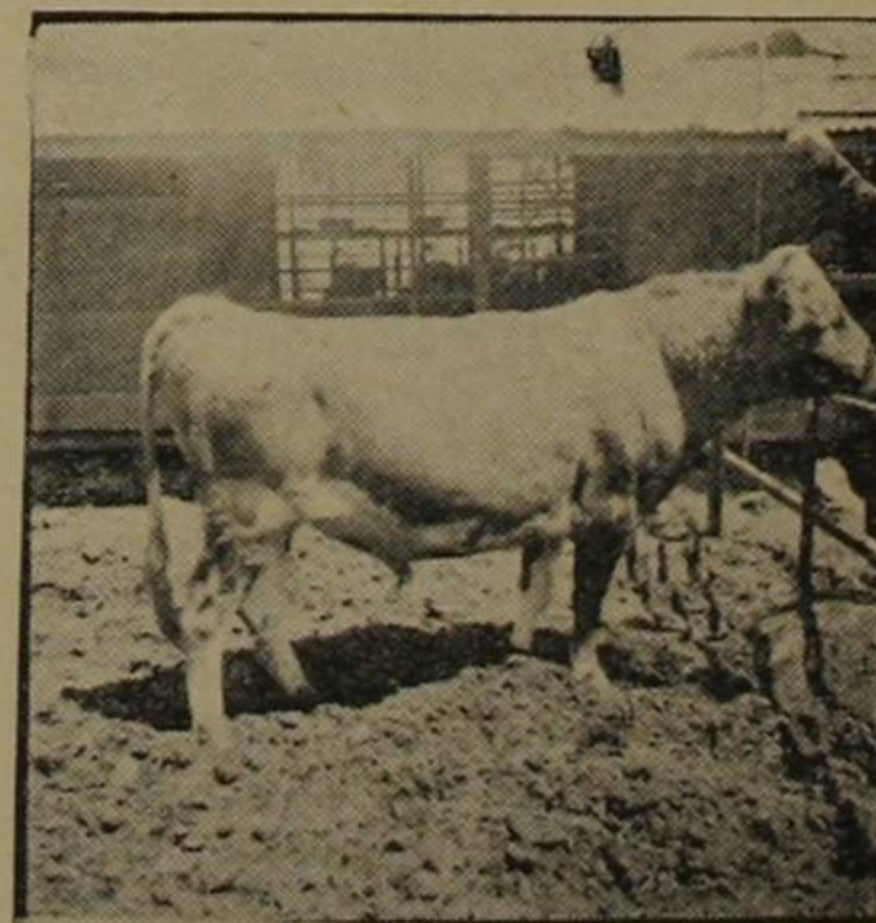
MAX JIMÉNEZ

CORONADO - COSTA RICA

Toro importado de la finca Emadine Raza Guernesey. El padre costó \$ 9.000.00 a las 9 horas de nacido. Se venden hijos aclimatados a la fiebre de Texas, en (\$ 1.000.00 U. S. A.

Pida:

Pedigries & Fotos



SAN ISIDRO MASTER PIECE

gura de Unamuno. Sin razonar el juicio, afirmándolo en sentencias.

Así podemos decir:

Unamuno político es un gran ciudadano fuera de los partidos.

Literato, es un escritor paradójico, inarmónico, arrebatado, sincero, de mucha fuerza expresiva.

Pensador, un alma preocupada de eternidad: la vida como preparación para la muerte; la muerte como continuación de la vida. Todo sancionado por la propia conciencia, exigente, vigilante. Y en fin de fines, la conciencia máxima: Dios.

Maestro — y no sólo de griego—. Maestro, y no sólo profesor, ha enseñado siempre, aun sin proponérselo. Se

saca las perlas del alma y no las extrae, paciente (como tantos otros) de libros extranjeros, limitándose a montarlas al aire en filigrana retórica.

Hombre, perfecta persona de bien, ajeno a toda envidia. Seguro de su fuerza, busca a sus pares y no el vano cortejo de intonsos discípulos disciplinados.

Varón apostólico, de carácter diamantino, con la boca llena de verdades y con una vida clara, vivida en casa de cristal. Hasta en su figura física es grande. Hasta su barba es blanca, pura. Hasta sus ojos fosforecen ya en los umbrales de su augusta ancianidad.

¡Hombre oceánico! Por su hondura, por sus tempestades, por su belleza, por sus perlas, por el mar.

Las dos ciudades de Unamuno...

(Viene de la página 360)

Patriarcalmente, nuestro D. Miguel las llama por sus nombres:

Como a los troncos vivos de los árboles, de las aulas así en los muertos troncos, grabó el amor por manos juveniles su eterna empresa.

Sentencias no hallaréis del Tribóniano; de Peripato no veréis doctrina, ni aforismos de Hipócrates sutiles, jugo de libros.

Allí Teresa, Soledad, Mercedes, Carmen, Olalla, Concha, Blanca o Pura: nombres que fueron miel en los labios, brasa en el pecho.

Allí en Salamanca, el rector abría el 1 de octubre de 1931 el curso escolar ante profesores y estudiantes de las cuatro Facultades, que abarcan: salud, ciencias, humanidad y justicia. Allí exhortó a los suyos a continuar, ante todo y sobre todo, la historia de España.

"Recordad que aquí—decía—murió el desventurado príncipe D. Juan, único retoño de los Reyes Católicos, frustrando el que se fraguara una dinastía genuinamente española, y al morir vino de allá lejos Carlos V de Alemania y I de España, contra el que se alzaron las Comunidades, y que aquí, en Salamanca, luchó contra él Maldonado, cuyo pendón rojo todavía puede verse en la capilla de Talavera de nuestra catedral. Pero aquellos Reyes Católicos formaron la unidad de España, fundaron la imperialidad española, y conviene hacer presente que las empresas que acometieron y que ahora es moda censurar fueron obra del imperialismo español, que fué siempre democrático. Fué el pueblo español, no sus Reyes, el que sentía aquellas grandes obras. Imperio abarca a la República y a la Monarquía y es a la vez monárquico y republicano. Recordad que en Roma los emperadores se llamaban emperadores de la República romana. Aquí ocurrió lo mismo, y se formó la unidad, la imperialidad, la universalidad de España, en la cual colaboraron como pocos las Universidades españolas, y dentro de las Universidades, como pocas, la Universidad salmantina. Universidad es igual a unidad y a universalidad. Una y universal es la cultura; unidad es imperialidad, y universalidad equivale etimológicamente a catolicidad."

Estas afirmaciones son hoy, como cuando fueron glosadas por la boca ecuménica de Unamuno, materia de dilucidación y de de-

bate. Ni la República ni la Monarquía son consustanciales con la patria; el Imperio acaso sí, en cuanto precede o sigue a la lengua, que es sangre de la raza, y por tanto, vida. Imperar, en su acepción originaria presupone proteger y quizá convertir, o sea salvar matando a la muerte.

Cuando D. Miguel escribe que consolidar es consolidar, nos entrega una frase apretada de sugerencias. Quien consolida consuelo, es decir, refunde vínculos ardientes. Federar es reunir lo que está separado, no separar lo que está reunido. Imperio, y según la aliteración del inglés arcaico, el "kenningan", grato a los primeros cronistas "Werodes Weard", el guardián de la hueste. Sí: el Imperio guarda la hueste esparcida, como la Iglesia, que es Imperio para San Agustín, la suya. Al Imperio sirvió asimismo la tierra vasca, de la que D. Miguel, como antaño el canciller Loyola, Legazpi o Peñaflores, es hoy el primero de sus hijos. Tan suya como Salamanca es Bilbao, para la que ha encontrado requiebros entrañables:

¡Oh mi Bilbao! Tu vida tormentosa la he recogido yo; tus banderizos, junto a los mercaderes, en mi alma viven sus vértigos.

Dentro, en mi corazón, luchan los bandos, y dentro de él me roe la congoja de no saber dónde hallará mañana su pan mi espíritu.

Vives en mí, Bilbao de mis ensueños. Sufres en mí, mi villa tormentosa; tú me hiciste en tu fragua de dolores y de ansias ávidas.

Contra esto y aquello peleaba en Bilbao y dondequiera, y su villa le arrugó alguna vez el ceño. "No, Miguel; eso, no", podía decirle a quien vivía en la calle de la Cruz, luego de nacer en la calle de la Ronda.

Frecuentemente recuerda Unamuno aquella carta de Loyola a los padres y hermanos

de la Compañía de Jesús, de Portugal; aquella en que establece los tres grados de obediencia, y en la cual se lee:

"Pero quien pretenda hacer certera y perfecta oblación de sí mismo ultra de la voluntad, es menester que ofrezca el entendimiento (que es otro grado, y supremo, de obediencia), no solamente teniendo un sentir mismo con el superior y sujetando el propio juicio al suyo, en cuanto la devota voluntad puede inclinar al entendimiento."

Bilbao le pedía la entrega del entendimiento, y no iba D. Miguel a dar tanto...

Comentando el bilbainismo del autor de "Paz en la guerra", quien escribe esta nota ha dicho para caracterizar el ímpetu de su maestro: "Corre como río en crecida, turbio de su propia vehemencia, el verbo de D. Miguel cuando en el poema del Cristo va cantando la frente, los ojos y la boca del Salvador. Quien canta así, con torrencial hermosura, ha de propender más a la pasión que al éxtasis, más al altercado que al ensueño. No siente, aunque sí comprende, las soledades del eremita o del cartujo. Piensa que el ideal monástico es más estético que religioso; pero al ser estético es justificable. Conque el claustro, según D. Miguel, haya podido dar un Eckart, un Suso, un Taulero, un Ruisbroquio, un Juan de la Cruz, una Catalina de Siena, una Angela de Foligno, una Santa Teresa, está justificado el claustro. El rector prefiere, con todo, a las frases que "van por el mundo", aunque se alcen con el poder o el mando. Que prediquen desea, o que enseñen, o que curen las llagas de los leprosos, que acampen en el mundo para lo que sea: rescatar cautivos o quemar corazones contaminados de albigenses.

"Si el hombre se cruza de brazos — ha escrito Unamuno con familiaridad menos conveniente que expresiva—, Dios se echa a dormir."

Ni se ha cruzado ni se cruzará D. Miguel de brazos mientras viva. Con la pluma o con el crucifijo "a cristazos", según su frase irreverente, moverá de sol a sol su pelea de cada día. Nos dejará al morir (lo que Dios dilate) obra que por discutida será imperecedera. No ha de salvarse, eso no, sin el que muy altanero expie su arrogancia. En tanto la expía, allí en su pueblo, en el Arenal, junto al tilo donde se enamoró de la que fué madre de sus diez hijos, habrá disputas juveniles sobre las ideas del maestro. Y es claro que bajo las naves de la basílica de Santiago habrá susurro entrañable de preces para sacar el alma del gran bilbaíno del Purgatorio.

Primero Bilbao, luego Salamanca, han dictado sus númenes al autor del "Sentimiento trágico de la vida". A las dos ciudades vuelve los ojos desde su destierro en Fuerteventura, o en París, o en Hendaya. Conoció aquellos días el autor de "La vida de Don Quijote y Sancho" el odio de los mestureros. De ellos habla el venerable poema del Cid, y Unamuno lo recordó más allá del Pirineo. Los mestureros son los destructores que piden al Rey "juicios" para el mal vasallo. Han sido clasificadas las artes con que promueven la ira del Rey o la de los jueces papeleros. La denuncia es en

LA COLOMBIANA
SASTRERIA DE
F. A. GOMEZ

Le ofrece Vestidos de Casimir de primera clase

¢ 1.25 ¢ 2.50 ¢ 10.00

ABONOS SEMANALES o MENSUALES

y al contado — Precio y trabajo que no admiten competencia. Acabamos de recibir un surtido de casimires en estilos modernos. Atendido por su propietario que es lo más competente en el ramo.

Teléfono 3283 - Frente al Siglo Nuevo

tiempo de Vivar un resorte para hacer saltar al indeseable fuera de la patria. El Cid saltó pronto fuera de la suya, que era, según su propio elogio, la gentil Castilla. "Que a mio Cid Rou Díaz que nadie non diesse possada.—E aquel que se la diesse sopiesse vera palabra—que perderie los averes e más los ojos de la cara—e aun además los cuerpos e las almas." Y Castilla se "ascondió" del Cid; y no hubo en toda ella más que una niña de Burgos que le hablara con ternura. Don Rodrigo era fuerte, y para el fuerte el mundo es un botín, pero también tierra que regar de ejemplares altivos. ¿Dónde quedan luego los mestureros? ¿Dónde las gentecillas medrosas que al paso del Cid cerraron ventanas y postigos? Supo Rui Díaz poner en el pan que ganó fuera de Castilla la sal de la honra y el sacramento de la nobleza. De la nobleza, no de Nobleza, aunque ésta también la ganó, fundando linaje. "Oy los reyes de España sus parientes son". Quien campea más allá de la raya cuenta con los mestureros, y sorba sufriendamente la amargura de saber que le niegan y se le "asconden". Con doce de los suyos fué al destierro D. Rodrigo, y no más de doce tuvo quien nos salvó poniendo entre los hombres, no paz estéril, sino espada. La oposición vivifica tanto como la aquiescencia

gasta, y D. Miguel lo gritó durante su destierro.

A que no enmudezcan los mestureros habrá que allanarse en todo régimen, y que no enmudezcan, ya que la Historia los prevé y el destino quizá los elige. Pensando en ellos, y en su Salamanca, y en su Bilbao, cantaba encendidamente.

Si caigo aquí sobre esta tierra verde, mollar y tibia de la dulce Francia.

Si caigo aquí, donde el hastío muere celado en rosas de sutil fragancia.

Si caigo aquí, oficina del buen gusto, donde sólo el olvido da consuelo, llevad mi cuerpo al maternal y adusto páramo que se hermana con el cielo.

Y aquel final tan genuinamente unamuneco:

Subidme; allá se hará mi carne roca, y allá en el yermo clamará su credo; daré al desierto de mi patria boca de gritar a los sordos por el miedo.

Siempre ha dicho D. Miguel "mi Salamanca, mi Bilbao", como si tocando tierra en las dos ciudades recobrara el brío, inextinguible para el gran soldado de la ciudad de Dios, a quien llama bien quien le llama el gigante ibérico.

DEL FOLKLORE GUANACASTECO

El Congo Real

Por BENILDO LEAL

= Envío del autor.—Santa Cruz de Guanacaste =

En un país extraño, lejos de aquí, vivía un monarca rico y poderoso. El destino aumentó su felicidad con una hija cuya belleza en vano se describirá. En su palacio, de magnificencia incomparable, reinaba la dicha y la tranquilidad. La princesa iba a bañarse todos los días a un río de aguas cristalinas que cruzaba al pie del suntuoso palacio. Ninguna otra persona podía bañarse en este río; solamente los pájaros confundían sus melodiosos trinos con sus suaves murmullos y las hojarascas húmedas de sus orillas. Un día, como de costumbre, fué a tomar su baño. Estaba terminando de vestirse cuando vio un pájaro en una rama de un árbol cercano. Y era de colores tan maravillosos y aspecto tan singular, que se quedó absorta contemplándolo. No resistió la tentación, y recogiendo una piedra de la playa del río, la arrojó contra el pájaro; por fortuna le rozó el costado derecho y lo hizo caer agitando las alas. Rápida se encaminó a recogerlo, pero en el momento en que le cogía una pata, este voló a una rama de un árbol próximo. Volvió a intentar atraparlo, pero el pájaro siguió volando de rama en rama, de árbol en árbol. Así siguieron uno en pos del otro para arriba del río. Cuando la joven se percató, estaba ya casi en el nacimiento del río. Se detuvo y pensó en devolverse, pero en ese momento oyó un gran ruido a un lado del bosque. Parecía que un gigante monstruoso se abría paso entre la selva, quebrando y aplastando todo lo que encontraba a su

paso. La princesa, en vista de que el ruido era cada vez más intenso, se quedó inmóvil, esperando ver quién lo producía. Al poco rato vio a un enorme animal que sin detenerse se dirigía hacia ella. No hay para qué describir la emoción de la bella. Pensó que en ese momento iba a ser víctima de la fiera, que no era otra cosa que un Congo Real (un mono feroz y enorme). Este se detuvo como a dos metros de donde estaba la beldad y le dijo: "Ahora te llevo". Iba a caer desmayada, cuando el animal la cogió en sus brazos y se la llevó a su cueva.

Mientras tanto, el Rey y la Reina la buscaban desesperados. Como no la encontraban por ningún lado, decidieron contratar a un hombre inteligente y valeroso para que fuera a recorrer el mundo hasta que diera con ella. Para que se interesara, el Rey le puso la condición de que se casaría con ella si la llevaba a su palacio. Así fué: un hombre que reunía tales condiciones, en un brioso y valiente caballo, se encargó de tan

difícil empresa. Se puso en marcha y al poco caminar se encontró con un garboso león.—¿A dónde vas?—, preguntó al hombre.—Voy en busca de la hija del Rey, que se ha perdido, le contestó éste.—Si quieres acompañarme, tendré mucho gusto en llamarte compañero, agregó.—El león no habló más y lo siguió muy contento. Después desembocó al camino que atravesaban un soberbio tigre.—Ven con nosotros, le dijo el león, vamos a buscar a la hija del Rey que nadie sabe dónde está. El tigre demostró complacencia y de un salto se colocó el último en la fila. Al pasar por una quebrada vieron a un toro, el más temible de toda la región, pues tenía los cuernos de hierro. Y también se agregó a la regia comitiva. Más tarde se detuvo ante ellos un gavilán y después que hubo aceptado la invitación, le dijo el hombre:—Vente en la copa de mi sombrero. Por último se les apareció un conejo saltando y dando volantes.—Conejo!, vente en las alforjas, le dijo el jinete, vamos a buscar a la hija del Rey, que se ha perdido. El conejo no hallaba qué hacer del alegrón. Eran muchos; todos fuertes, inteligentes, astutos. ¿Quién sabe para que no encontraran a la princesa!

Llegaron al río y se detuvieron en el lugar donde ella acostumbraba bañarse. Saltó el conejo de las alforjas y se puso a olfatear. Pronto dió una resolución: sigamos río arriba, dijo a sus compañeros, porque, para abajo no la encontraremos nunca.

Obedecieron gustosos y empezaron a remontar el río. Todos van felices, pues a excepción del gavilán todos son muy amigos de las aventuras. Cuando conversaban o se reían al mismo tiempo, formaban un verdadero concierto de voces, en el cual el conejo y el gavilán eran las voces delgadas y el toro y el tigre las voces bajas. Era una semana de caminar y no veían ni rastros de la perdida. Por fin llegaron a la montaña que daba origen al río. Otra vez salió el conejo de las alforjas y muy preocupado empezó a hacer averiguaciones: se metía en los huecos de los troncos, daba vueltas a la redonda, se acostaba boca arriba, probaba el agua del río, alzaba los ojos y miraba por todos lados: al fin les dijo: "Tenemos que atravesar esta montaña y ese mar que se ve abajo, pues la hija del Rey está del otro lado de ese mar". Así lo hicieron: cruzaron la montaña y llegaron al océano; allí construyeron una embarcación y se hicieron a la vela. Como ninguno de los animales había navegado, tenían cierto temor, pero el hombre los animaba con palabra convincente.

En medio océano, el tigre empezó a refunfuñar porque encontraba muy larga la travesía; poco a poco se fué sosegando, pues notó que los demás tenían el ánimo sereno y se mostraban complacientes. Al cabo de un mes llegaron a las playas del otro país. Sin esperar otra cosa desembarcaron y el conejo fué el primero que pisó tierra. Todos se quedaron asombrados al ver la exube-

ROGELIO SOTELA

ABOGADO Y NOTARIO

Oficina: Pasaje Dent - TELEFONO 3090

Casa de Habitación TEL. 2208

...red oñno siad jənbe ep sərɔj ep aicuar
fume rejuvenecía; de pájaros maravillo-
sos y de plantas bellísimas.—Bueno, mu-
chachos, les dijo el conejo a los otros, a
la vuelta admiramos más estas bellezas,
ahora vamos a nuestro asunto. Y se los
llevó por una vereda enmalezada. A los
tres días de caminar divisaron una enor-
me galería situada sobre una loma. Allí
está la princesa, dijo el conejo seña-
lando la cueva y visiblemente emocio-
nado. En verdad, era la casa del Con-
go Real. Estaba hecha de piedra durí-
sima y cerrada su única puerta por una
piedra colosal. A ver, amigos, gritó el
conejo, aquí es donde van a lucir sus
fuerzas: hay que lanzar esta piedra de
un solo empujón. Todos fueron proban-
do y ninguno podía moverla siquiera.
Le llegó el turno al toro; acomodó sus
potentes cuernos en una grieta de la
piedra, se apuntaló como pudo y de un
formidable cabezazo tumbó la piedra al
suelo, produciendo un gran retumbo.

Al instante salió la cautiva de la cue-
va y sin saludarlos, dijo a sus salvado-
res: "Vámonos, ojalá volando, porque el
Congo Real ha oído cuando abrieron la
cueva y ya viene de camino. Dios guar-
de nos alcance el Congo Real, enton-
ces todos moriremos", agregó trémula.
Presto la montaron en el caballo y par-
tieron. El gavilán se elevó en los aires
para dar aviso cuando viniera el terrible
animal. Llegaron al mar que habían
atravesado antes y se embarcaron de
nuevo. En tanto el Congo Real venía
nadando a toda velocidad en otro mar
que estaba al otro lado de su país. Los
otros ya estaban en el país del Rey. Pe-
ro el Congo Real nadaba rápido como
si fuera un cetáceo y pronto llegó a las
playas del país del Rey. Entonces el ga-
vilán, que lo estaba viendo, fué veloz co-
mo un rayo a darles aviso a sus camar-
adas. "Viene el Congo Real! Viene el
Congo Real!" Al oír aquellas palabras
todos se detuvieron. El león tomó la
palabra y dijo resueltamente: "Yo me
quedo para pelear con él". Así lo hizo:
limpió un pedazo de terreno y se colocó
en el centro para esperar a su enemigo.
No tardó en oír el ruido que producía
al abrirse camino entre los breñales. A
poco, lo divisó. Venía ciego de furor.
Iba a cruzar sobre el león, pero éste lo
detuvo y le dijo: "¡Alto!, yo soy herma-
no de la muchacha que usted va persi-
guiendo y por tanto tenemos que pe-
lear". El Congo Real le respondió tirán-
dosele encima. Se trabó la lucha: el león
saltaba rápido esquivando los tiros de
su contrincante, el cual arremetía a dies-
tra y siniestra. Iban al suelo y mordían
la tierra creyendo que era sus cuerpos.
El Congo Real pega más fuerte que el
león, pero éste le anula muchos golpes
con agilidad incomparable. Ambos gri-
tan coléricos cuando van a tierra y se
retuercen rabiosos cuando el polvo les
obscurece los ojos. Súbito, el Congo
Real se irguió majestuoso y descargó
todo su cuerpo sobre su enemigo, ha-
ciéndole crujir los huesos. Allí quedó
el felino, para pasto de los buitres.

Ya el gavilán estaba gritando entre
las nubes: "Viene el Congo Real! Viene

el Congo Real! Mató al León!" "Yo me
quedo", dijo el tigre. Aplastó un pedazo
de maleza y rugiendo se puso a esperar
a la invencible fiera. Cuando oyó el fra-
gor de sus pasos, sus rugidos se con-
virtieron en truenos que estremecían la
tierra y tambaleaban los árboles. No tar-
daron en encontrarse frente a frente.
Sin decir una palabra empezó la con-

tienda. Sólo se oían los porrazos cuan-
do caían al suelo o chocaban sus cuer-
pos; se prendían jadeantes y más de una
vez el uno se creía vencedor del otro;
rodaban por tierra, se incorporaban de
nuevo, y suspensos, esperaban el impul-
so eléctrico de su ferocidad. Una nube
de polvo los envuelve, no se distingue
cuál es el uno ni cuál es el otro; sólo

Va el romance loco loco preguntando por Melupa

(En los caminos del alba
ha de encontrar la cordura,
y ha de reirse, encantada
de tantas cosas, la Luna).

= Colaboración.—Costa Rica y Diciembre de 1934 =

Para Alfonso Reyes, gran poeta de América,
maestro del Romance del Río de Enero.

Esta noche va el romance
en alas de la locura.
En la Rosa de los Vientos
se hizo veleta la brújula.
Va el romance loco loco
sin la noción de las rutas,
hacia los filos del mar
donde bebe agua la altura.

—Romance: si vas perdido
llorando bajo la Luna,
recuerda que hay unos ojos
para orientar tu tristura.

—Esos ojos se han cerrado.
Los cerró la vida injusta.
La que yo llamaba Clara
ha dado en llamarse Bruna.
Esos ojos me miraron
como agua tierna en la gruta.
Eran negros negros negros
y profundos de dulzura.
¡Agua tierna de sus ojos
que la suerte volvió turbia!

El romance se ha internado
por esa noche profunda.
Una estela de lamentos
va levantando en la fuga.

Sobre los filos del mar
donde bebe agua la altura,
se ha alzado la estrella negra
que los naufragios anuncia.
Relámpagos fingen cruces
luminosas, sobre tumbas.
Los dedos de la tormenta
van persiguiendo la anchura.

—Soy el romance de amor
que aquí, frente a la espelunca
donde el naufragio es la ley,
pues que la rige la Duda;
aquí, frente al astro negro
que es equivalente a Nunca,
Inri sobre las mil cruces
de las quimeras difuntas;
aquí, donde todo late
con el pulso de mi angustia,
vengo a gritar este nombre
contra los vientos: ¡Melupa!
La que yo llamaba Clara
y ha dado en llamarse Bruna.
Esos ojos me miraron
como agua tierna en la gruta.
¡Agua tierna de sus ojos
que la suerte volvió turbia!
Apoyado en su recuerdo
fui la derrota que triunfa,
y caminé sin mancharme
cruzando ríos de culpa.

Mas vino el día de prueba
y quedé solo en la ruta.
Cerráronse aquellos ojos
para iluminar mis luchas
y hoy son dos estrellas negras
equivalentes a Nunca,
Inris sobre las mil cruces
de mis quimeras difuntas,
faros ciegos levantados
sobre el antro de la Duda.
Creí que viniendo aquí
a gritar mi desventura,
habrían consuelo el alma
y lenitivo la angustia.
Pero no: frente a mi pecho
es amable esta espelunca.
Desengaño, Desconsuelo,
Desesperanza, ¡oh Melupa!

Vuelve el romance callado
cargando auestas su angustia.
Vuelve del filo del mar
donde bebe agua la altura.

Leves pinceles del alba
van soslayando sus púrpuras
y entre las nubes lejanas
comiéntanse a dorar cúpulas.
El romance se detiene
sobre una escama de Luna.

—Romance: mira la aurora
que su abanico insinúa.
Con dedos de rosicler
los horizontes dibuja.
Quizás tras el varillaje
de luz, que surge en las rutas,
vuelvas a encontrar Clarísima
a la que quiere ser Bruna.

—¡Salve aurora vencedora,
disipadora de angustias!
No estoy vencido: sus ojos,
como agua tierna en la gruta,
han de mirarme otra vez
insondables de dulzura.
¡Agua tierna de sus ojos!
No es que se haya vuelto turbia:
es que también en su alma
echó sus sombras la Duda.
Pero habrá un día, ¡habrá un día!
en que volviendo a la ruta,
ha de encontrarla mi vida
esperándome. ¡Oh Melupa!
A ella iré, sin mancharme,
cruzando ríos de culpa.
Se están madurando besos
como racimos de uvas.

(Traspassando el horizonte
ríe, encantada, la Luna...)

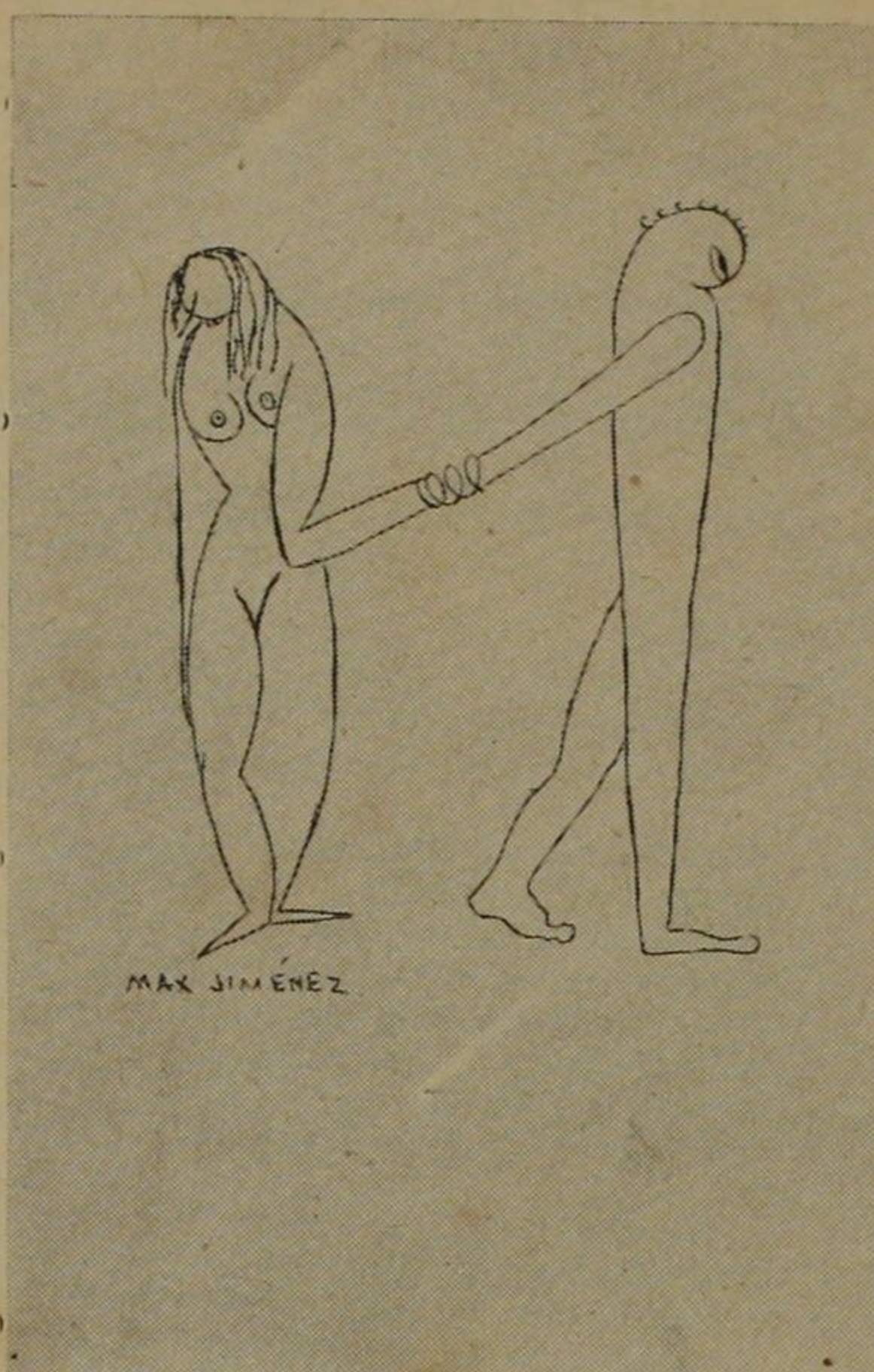
Adolfo Ortega Díaz

se oye el rechinar de sus dientes y el tón tón de sus pasos cuando se apuntalan. Se apartan del campo y, rodando, van a dar al paredón de un río caudaloso. Manan sangre de las fauces y las narices. Están peleando en el borde del paredón; de un momento a otro, cuando el tigre quiso evadirle un tiro a su contendiente, cayó patas arriba en una poza profunda.

Inmediatamente rompió los aires el gavián y exclamó desde el firmamento: "Viene el Congo Real! Viene el Congo Real! Venció al tigre!" "Yo me quedo", dijo el toro de cuernos de hierro. Arrancó a pezuña y a cuerno los árboles de un sector de tierra y su bramido sonoro se clavó en los ámbitos de la selva entera. Quería enterrar sus cuernos inflexibles en los ijares de su enemigo y batirlo en los aires como derroche de sus fuerzas. Ya se acercaba el perseguidor; le faltaba el aire, pero no fuerzas ni osadía. En un santiamén apareció en el sector en donde lo aguardaba el toro y, como si supiera que era otro enemigo suyo, se arrojó furibundo sobre él. He aquí la lucha más tremenda; sus potentes rugidos conmovían la tierra y los golpes que se daban se oían como el choque de embravecidas olas; si no era su enemigo, era el polvo el que señalaba el espacio cuando el cornúpeto rastreaba el suelo; ora caía el toro bramando desesperado, ora el Congo Real retorciendo los ojos y lanzando gritos indefinibles. Formaban un lío y, simultáneamente, espaldaban la tierra cual si fueran bolas de caucho; conforme avanzaba el tiempo, aumenta en ellos el coraje; por más esfuerzos que hace el toro en hundir sus cuernos en el cuerpo del otro, no puede, porque la piel de éste es gruesa y durísima. El Congo Real, por su parte, aplica todas sus fuerzas contra el otro, batiéndose como jamás en su vida lo ha hecho. Llevan un día de lucha sin tregua. Al oscurecer, le dice el Congo Real al toro: "Descansemos una hora". "No", le responde éste, "todavía me quedan fuerzas". Y entablan de nuevo la terrible lucha. Se muerden, se arrancan pedazos de piel y la sangre les brota de todas partes inundando el campo; sus miembros temblorosos ya no responden con igual flexibilidad a los ímpetus de su fiereza, pero aun se acometen iracundos y gimen ante los golpes bien colocados. Al fin le dice el toro a su contrario: "Bueno, descansemos el resto de la noche, pero con esta condición: el que despierte primero caerá sobre su enemigo". "Muy bien", dijo el Congo Real y cayeron dormidos a una distancia como de cuatro metros entre los dos. El gavián, que todo lo había visto y oído, pensó hablarle bien temprano a su camarada; pero el Congo Real, de sueño sutil, despertóse antes que los

En las aguas de los ríos

= Colaboración. Costa Rica y octubre del 34 =



*Yo me iré,
pero vendrás conmigo,
porque no han de borrarse
las marcas de mis huellas;
porque te has visto en mis ojos
con el suave sentimiento
de una eterna lejanía...*

*Yo me iré
pero vendrás conmigo,
por el eco de palabras
que empañaron tus dos ojos
y que abrieron tus dos labios:
una boca... un infinito...*

*Yo me iré,
pero vendrás conmigo,
por haber sentido juntos
las auroras de la vida...
por haber comido juntos
del festín de la existencia,
por haber llorado juntos
en las aguas de los ríos...*

*Yo me iré,
pero vendrás conmigo.*

Max Jiménez.

dos y con mucha cautela descargó tan formidable golpe sobre el toro que lo mató instantáneamente. Al porrazo despertó el gavián y sin esperar nada encumbróse en los aires y transmitió a sus amigos la fatal noticia: "Viene el Congo Real! Viene el Congo Real! Mató al toro!" En cuanto terminó de pronunciar la última palabra, saltó el conejo de las alforjas y dijo muy ufano: "Yo me quedo, pero necesito una navaja filósísima". El hombre llevaba una por casualidad, la entregó al conejo, quien colmado de gozo se puso a despejar un pedazo de terreno; cuando terminó hizo varios huecos en el centro, comunicados por

debajo. Se ocultó en uno de ellos y esperó a su mortal enemigo. No tardó en oír sus pasos; se asomó sigiloso y lo vio venir. Por fortuna venía en dirección de donde él estaba. En el momento que pasaba por uno de los huecos estuvo listo el conejo y, Juá!, le arrojó un poco de tierra en los ojos. Revoltóse colérico el monstruo y buscó a su enemigo; como sólo huecos había en el suelo, y el olfato le decía que había alguien adentro, metió una pata, (porque la cabeza no le cabía) para indagar de lo que había adentro. El conejo estuvo listo, y Tas! la cortó de un golpe. Cegado por la ira metió la otra de adelante, y el conejo, más rápido que antes, Tas! se la cortó también. En su desesperación se le metieron, sin querer, las dos de atrás y entonces sí que se dió gusto el conejo cortando patas; le cortó una y como la víctima no tenía punto de apoyo, permitió que le cortaran la última. Brotó el héroe de la tierra y rajándole la panza al vencido, se bañó en su sangre para ratificar su proeza ante sus compañeros. Ya el gavián estaba avisando a los de adelante la gloriosa hazaña del conejo. El momento llegó éste donde ellos; sofocado puso la navaja ensangrentada en el cuello del hombre a la par que le decía: "¡Sóplame! ¡Sóplame! Si no, lo degüello!" El hombre le dió aire calmándole así la fatiga. Siguiéron juntos y en poco tiempo llegaron al palacio real. La alegría que experimentaron el Rey la Reina no hay para qué describirla. Jamás en su vida habían sentido satisfacción igual. Inmediatamente dió comienzo una gran fiesta; bailaron, comieron y bebieron por espacio de ocho días.

A la hora de conocer el Rey al autor de la salvación de su hija, llamó al hombre y le dijo: "¿Cuál fué por fin el salvador de mi hija?" A lo que el hombre respondió: "Todos ayudamos y muchos dieron su vida por salvarla, pero el conejo (y lo señaló) fué el que mató al Congo Real, que era el monstruo que se la había robado."

"Está bien", dijo el soberano; "como el conejo no puede casarse con mi hija, le obsequiaré cincuenta fanegas de frijoles para que coma por el resto de su vida". ¡Qué conejo más contento cuando oyó decir esto! En adelante pasaría durmiendo, comiendo y paseando, que es para él la verdadera felicidad.

Y a ti, dijo el Rey al hombre, te regalaré diez millones de colones. Este hasta que sintió que lo hacían nuevo de la alegría. Como el gavián no estaba presente, no recibió recompensa.

Y así volvió la dicha y la tranquilidad al hogar del rico y poderoso Rey.

Heredia, 5 de octubre de 1934.

Nota del autor.—Este cuento lo oí en Santa Cruz, no recuerdo a quien, cuando estudiaba en la escuela primaria.

Mis versos

— Envío de A...—Costa Rica y 1934 —

ESTA NOCHE...

Esta noche de luna de enero
que platea los montes y valles,
ilumina muy hondo el recuerdo
de cosas queridas que fueron fugaces.

Y la diosa de la fantasía,
fecunda señora que imposibles pare,
con su enorme barriga de ensueños
viene presurosa a poblar mi valle.

Yadquieren los sueños realidad. Los montes
se envuelven, friolentos, en chales de plata,
y el agua del río semeja un espejo
donde las estrellas contemplan su cara.

Y un concierto se oye, de voces silvestres,
que el monte le ofrenda a la luna pálida
con maravillosos tesoros fugaces
que salen del alma rústica y romántica...

EL GRILLO...

Pobre cantor nocturno, tu queja me emociona:
la misma nota triste dan tu voz y mi voz
El dolor es acaso quien inspira tu canto,
mi pobre compañero, ¿tu queja es por amor?

En las noches profundas es tu canto un
consuelo
para mi alma que llora—oh el vivir y llorar,
¿por qué este duplo eterno si la vida es her-
mosa?—
Mi pobre compañero, ¿en dónde está la paz?

La busco tenazmente en la vida que canta,
en la vida que siente dulce dolor de amar
pero es en vano todo, la paz no habita el
mundo,
¿es acaso espejismo que no hemos de al-
canzar?

Mientras tanto cantemos, grillo amigo. Es
el canto
una forma muy bella de expresar el dolor.
En las noches profundas, unidas nuestras
voces
subirán a lo inmenso como en una oración.

LA TARDE SE ARROPA...

La tarde se arropa
en gasas de niebla;
y pronto en ocaso
se acurrucará;
al noche con manto
bordado de estrellas
avanza del brazo
de la oscuridad

Envuelta en su manto
bordado de estrellas
avanza la noche,
va en busca del sol,
loca enamorada
de un galán esquivo
que huyéndole siempre,
le niega su amor.

Las negras cortinas
de su lecho de oro
el sol en su gesto
de pereza corre;
y con apetito
de monstruo insaciado
se devora el negro
crespón de la noche...

MI VIDA

Mi vida es el reverso de mi anhelo:
tantos planes forjé
que vino Realidad con sus verdades
y con su desnudez...

Años idos, que fueron para mi alma
"vivir en el querer";

dulce tiempo, qué lejos y qué triste
te miro en el ayer...

Desengaños, fantasmas que la vida
cristalizó en verdad,
¿por qué extraño capricho de la suerte
matasteis mi soñar?

Que se aleje la vida dulcemente
y que venga el dormir;
¿quién sabe si la tumba es un regazo
donde acaba el sufrir?

Apumarca

Romance de mi ensueño viejo

= Colaboración.—Costa Rica y noviembre de 1934 =

A mi padre, irlandés ge-
nuino y poeta aventurero.

Mi ensueño nació hace siglos.
Fué en una isla del mar.
Mar espumoso y violento.
Mar de anchura y soledad.
Fué en unas playas desiertas
húmedas de yodo y sal,
y en grutas de estalactitas,
y en grutas de estalactitas
En un valle esmeraldino
abierto de par en par,
que corta un río viajero
con cuchillo de cristal.
En la selva densa y ronca,
y en el callado lugar,
donde los Druidas rezaban
su oración de eternidad.
Entonces vibró mi ensueño
en la poesía de Ossian.

Fué en la tierra de los héroes:
de Fingal y Duchomar,
por la ronda de colinas
que usan musgoso sayal.
Fué en la casa de Roscrana,
la del verdi-azul mirar,

y en el salón de las arpas,
y en el arco del portal.

Fué por los bosques de encinas,
oyendo el cuerno sonar,
en la Rosa de los Vientos,
y bajo de un toldo astral,
cuando mi ensueño primero
logró amoldarse y cuajar
en el ademán del jefe
de nariz de gavián,
y en la lanza del guerrero,
y en el canto del juglar.

Fué en un país de milagros
y en días de santidad,
cuando Patricio, el cristiano,
llegó en la vela del mar,
con sus poderes de Mago
y su palabra de paz.

Le oyeron las multitudes
en un asombro total.
Le oyeron los Druidas sabios
en honda perplejidad.
Le oyó el rey sin convencerse,
arrugando el ceño real,
y el Santo mostrando un trébol
explicó la Trinidad.
Entonces brilló mi ensueño
en la vela de su altar.

Llegó mi ensueño de lejos,
rompiendo el viento del mar.
Lo trajo en su mente libre
un hombre de pecho leal.
¿Era palabra de fuego,
era impulso sin igual,
mano franca, gesto altivo,
corazón de intensidad!

Lo trajo un hombre atrevido
que quiso un día fletar
su ilusión aventurera
por aguas de inmensidad;
sin temer los huracanes
que lo harían naufragar,
porque aquel hombre miraba
de frente a la tempestad.

Y fué en el Sur de morenos,
Sur de palmera y volcán,
cuando el ensueño atrevido
se hizo abrazo pasional.
Abrazo dulce y violento
con nudo de eternidad.
Semilla rica y fecunda
en el barro tropical.

Mi ensueño nació hace siglos
al otro lado del mar...
¿Tiene una raíz profunda
y una corola solar!

Claudia Lars

INDICE:



ENTERESE Y ESCOJA

Henri Béraud: <i>Mi amigo Robespierre</i> .	¢ 5.00
Blaise Cendrars: <i>Las confesiones de Dan-Yac</i>	3.50
Manuel Díaz Rodríguez: <i>Sangre patricia</i> (Novela)	3.00
Harry Domela: <i>El falso príncipe</i>	4.25
Armando Donoso: <i>Nuestros poetas</i> ...	6.00
Anatole France: <i>Páginas Escogidas</i> ...	4.00
Lion Fenchtwanger: <i>La duquesa fea</i> ...	4.25
Vera Rigner: <i>Los reclusos de Schlus-selburgo</i>	4.25
Francis Hackett: <i>El rey Barba-Azul Enrique VIII y sus seis mujeres</i> ..	6.00
Ramón Gómez de la Serna: <i>La Nardo</i>	
E. Giménez Caballero: <i>Yo inspector de alcantarillas</i>	3.50

Solicítase al Admor. del Rep. Am.

J. ALBERTAZZI AVENDAÑO

ABOGADO

SAN JOSE, COSTA RICA

OFICINA: 75 vs. Oeste Botica Francesa

TELEFONOS:

OFICINA No. 3726 — HABITACION No. 3133

EDITOR:
J. García Monge

Correos: Letra X

Suscripción mensual: \$ 2-00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Desde que Garrison fundó su *Liberator* no hubo paz en la Unión: ¡cómo crecen las ideas en la tierra!—José Martí.

Representante
en Hispanoamérica:
Alfredo Piñeyro Téllez
EXTERIOR: (El semestre, \$ 3.50
(El año, \$ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

Hace nueve años falleció José Ingenieros, en la más prometedora madurez y en medio de una pasmosa actividad nunca interrumpida durante su existencia. En sus últimos años trabajado por la fermentación espiritual producida por la guerra, había vuelto a las agudas preocupaciones sociales de su juventud: moría siendo uno de los más ilustres abanderados de las generaciones americanas que no se resignan a contemplar filosóficamente ni se abaten a soportar cobardemente, el ocaso, si ya no es la muerte, de las libertades humanas, y el entronizamiento, en todas partes, de bárbaros regímenes de fuerza y de opresión.

Hoy Ingenieros es un símbolo: al amparo de su nombre se da batalla a los que reniegan de la tendencia liberal y democrática del gran siglo en cuya entraña se gestaron las instituciones políticas que hemos penosamente procurado afianzar en la República Argentina desde la Constitución del 53, y las ideas directrices cuya evolución precisamente él estudió con escrutadora mirada de investigador y ardiente pasión de polemista, en su sólida y maciza obra histórica, uno de los mejores frutos de su privilegiado talento.

Pero que ello no nos haga olvidar su vasta obra científica anterior, de psiquiatra, de psicólogo, de criminalista, de sociólogo. Había en él un hombre de gabinete, un universitario, un maestro en la cátedra y en el libro, un productor infatigable, considerado, comentado, respetado en los círculos científicos del mundo entero, traducido a la mayoría de las lenguas de cultura. Los que fuimos sus amigos y lo hemos visto sacrificarlo todo al trabajo, aun al desinteresado y sin gloria de preparar y corregir centenares de ediciones populares de nuestros clásicos, palideciendo en su estudio, de día a la luz de la pantalla verde, y de noche robándole horas al sueño, trabajando sin pausa hasta la madrugada, ¡qué poca importancia daremos al anecdotario que lo pinta bromista y chacotón, niño imperti-

José Ingenieros

Por ALFREDO A. BIANCHI



José Ingenieros

Renglones alusivos

Buenos Aires, noviembre 8 de 1934.

Mi estimado y admirado colega:

El 31 de octubre se cumplió el noveno aniversario de la muerte de José Ingenieros. Con tal motivo, se le rindió un homenaje radiotelefónico, en el cual hablaron, entre otros, José Vasconcelos, Juan José de Soiza Reilly y yo.

Por si le interesa recordar a ese gran espíritu americano le envío mis palabras para su Repertorio, siempre esperado con ansia por estas tierras. Nosotros agoniza. Después de 27 años de ruda lucha, se ve obligado a desaparecer. Duros tiempos los que corren para las cosas del espíritu. Tiempos de barbarie y analfabetismo. No deje morir al Repertorio. Que nos quede siquiera él en América.

Siempre suyo,

Alfredo A. Bianchi

Sr. Joaquín García Monge.

nente y terrible, cuando sabemos la tertulia de sobremesa o en el que esas cortas expansiones en paseo nocturno, eran el único reducidos círculos de íntimos, en jo, la única distracción que se

permitía en la vida este asombroso trabajador, ejemplo de sobriedad y de método.

No tomó nunca en serio a los necios, es cierto; se rió de muchos a quienes despreciaba; pero fué fundamentalmente más serio que la mayoría de aquellos que disimulando su insignificancia bajo la tiesura, le reprochaban, ¿qué? su salud de cuerpo y de alma, que desbordaba en la risa franca y en el trabajo rudo. Este burlón, no fué un escéptico: todo cuanto investigaba, escribía y hacía, era obra de esforzada creación, obra de quien sabe que en estas tierras y en los días que corren, hay que edificar. Su temperamento era el del moralista: de moralista son algunos de sus mejores y últimos libros, *El hombre mediocre*, *Hacia una moral sin dogmas*, *Las Fuerzas Morales*, aun su último de historia, *La Evolución de las Ideas Argentinas*. Abandonó la ciencia pura y convirtió su experiencia de la historia y de los hombres en materia de predicación, tendiendo idealísticamente hacia el futuro en un ansia constante de perfección.

Este hombre que pudo serlo todo en el país; que era acaso el argentino viviente más famoso en el extranjero; que alcanzó las más altas distinciones académicas en plena juventud y que, con haberlo querido, habría conseguido la fortuna y el poder; a medida que avanzaban los años fué renunciando a ambiciones, cargos, honores, y arriesgó perder la consideración de la gente de pro, para vivir íntegramente en conformidad con su conciencia, votándose a la misión de adoctrinar a la juventud, sin pedirle, en cambio, nada.

Por eso vive su recuerdo en nuestro corazón; por eso guía todavía su espíritu a las nuevas generaciones argentinas no envenenadas por las tristes novedades de Europa, que no son sino los extravíos de la decrepitud; y su nombre se enlaza con el de todos aquellos grandes que fueron en el Continente maestros de dignidad y libertad.